

VICKY y YO

Antonio Nieto Díaz



Libro solidario con adELA

Vicky y yo

Antonio Nieto Díaz



El desván de la memoria

Vicky y yo

Primera edición, año 2019

© de la obra: **Antonio Nieto Díaz**
ginnoka1@gmail.com

Diseño de cubierta: **El Ojo de Poe**

Idea de cubierta: **Ramón Alcaraz**

Dibujos interiores: Eduardo González Martínez, María y Sofía González

© de la edición: **Ramón Ángel Alcaraz García**

Editorial **El Desván de la memoria**®

info@tallerliterario.net

www.tallerliterario.net

ISBN: **978-84-120937-0-4**

Depósito legal: **M-31144-2019**

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.



Asociación **Española de ELA**

La Esclerosis Lateral Amiotrófica (ELA) es una enfermedad neurodegenerativa **progresiva y mortal** que afecta a las motoneuronas, provocando debilidad y atrofia muscular a todos los niveles. Produce en el enfermo una pérdida progresiva de las capacidades motoras y de comunicación, hasta originarse una situación de *tetraplejia con anartria* y, por tanto, una **dependencia total para las actividades de la vida diaria e incomunicación**.

Los síntomas, progresivos, que caracterizan esta enfermedad son, en su forma más leve: debilidad muscular, torpeza manual, alteraciones en la marcha, calambres musculares dolorosos, fatiga. Las etapas finales cursan con incapacidad total en la deglución, en la comunicación, en la marcha, en la respiración. Todo ello hace que se genere la necesidad de ayudas como respiradores, sondas gástricas, grúas para su traslado, comunicadores, etc. Sin embargo, en esta enfermedad no encontraremos alteración de la sensibilidad, ni pérdida de la agudeza visual ni auditiva, afectación de los nervios motores oculares ni, lo más importante, trastornos cognitivos.

En definitiva, esta enfermedad genera rápidamente en los enfermos una situación caracterizada por: alto grado de discapacidad, aislamiento social, disminución de la movilidad y accesibilidad, dificultad para la comunicación interpersonal y en las redes sociales.

ADELA es una organización sin ánimo de lucro, de ámbito nacional, dedicada exclusivamente a la lucha contra la ELA y otras enfermedades de la motoneurona. Fue fundada en 1990 por unos amigos, familiares y cuidadores de

enfermos de ELA, con apoyo del célebre científico Stephen Hawking, afectado por esta enfermedad.

Su misión principal es la promoción de toda clase de acciones destinadas a mejorar la calidad de vida de personas afectadas por ELA, concretándose ello en los siguientes

OBJETIVOS:

- Ayudar a las personas con ELA y a sus familias facilitándoles información, asesoramiento, orientación y servicios de profesionales socio-sanitarios para apoyar su calidad de vida.

- Sensibilizar a la sociedad, profesionales de la salud y a las instituciones públicas y privadas sobre la enfermedad y sus efectos, así como sobre las necesidades de los enfermos y sus familias.

- Estimular y promover las investigaciones sobre las causas, medios de prevención y curación de la ELA.

- Favorecer la interrelación de los enfermos y de sus familiares, a través de los distintos talleres que se realizan en el centro, con el fin de combatir el aislamiento personal y social que en numerosas ocasiones está ocasionado por las limitaciones físicas que genera la enfermedad.

- Impulsar la creación de redes locales en el ámbito nacional para estrechar los lazos de cercanía entre la asociación y los afectados.

- Prestación de ayudas técnicas para dotar a los enfermos de todos los medios que mejoren su accesibilidad, autonomía, comunicación y movilidad.

ADELA: **www.adelaweb.org**

Emilia, 51 - Local. 28029 - Madrid

Teléfono: 91 311 35 30

En memoria de Vicky, por todo lo que recibí de ella y por su actitud ante la vida.

“El amor es elástico,
nos sostiene y mueve el mundo,
nos necesitamos todos como el agua de beber”.

Vicky

PRÓLOGO

Vicky y yo no es una novela de ficción, ni está basada parcialmente en hechos reales, sino que es una historia verídica en su totalidad, contada desde el corazón. Tan solo he tenido que ordenar mi memoria con los hechos, anécdotas, emociones y sentimientos que experimenté durante los tres años que el destino quiso juntarnos.

Es un canto a la amistad entre una joven creyente y enferma de ELA de 39 años, que quería mejorar su inglés, sin tener claro para qué, y un agnóstico voluntario de 64 años, que se veía perdido tras la muerte de su mujer, y que también desconocía la razón de su voluntariado.

Mi intención en escribirla fue, en principio, sacarlo fuera para mí mismo; pero después de haberlo hecho, y junto con la opinión de otras personas amigas a las que dejé que la leyeran, llegamos a la conclusión de que su lectura podía aliviar e ilusionar a personas que se hallen en situaciones similares a las que *Vicky y yo* nos encontramos en su día.

Al escribirla, me fui dando cuenta de cómo las coincidencias y casualidades de la vida hicieron posible que nuestros problemas se fueran disolviendo, o que pudiéramos soportarlos mejor, y así pudimos centrarnos en sacarle partido a la vida, disfrutando del día a día. El tiempo que

estuvimos juntos fue tan intenso y lleno de proyectos que, solo por eso, pienso que mereció la pena haberlo vivido.

Antonio Nieto Díaz

Capítulo uno

Jamás es, posiblemente, la palabra menos consistente de todas las que conozco de nuestra generosa y amplia lengua española. Indagando en mi memoria sobre cuántas veces dije que *jamás* haría esto o aquello..., no por falta de convicción o dejadez, sino por lo compleja que es la vida, resulta que son tantas y tan diversas las ocasiones en que incumplí mis *jamases* que eso demuestra lo variables y cambiantes que somos los seres humanos: o al menos yo.

Siendo un niño, recuerdo decirle a mi madre que *jamás* me casaría con ninguna mujer que no fuera ella, y de momento ya llevo dos matrimonios. También recuerdo que, por mi educación, opinaba de adolescente que jamás dejaría de creer en Dios y terminé convirtiéndome en un “agnóstico provisional”, en espera de seguir así hasta que me vaya de este mundo o vuelva a creer en algo que esté más allá de mi racionalidad: cosa esta poco probable. Y así podría dar una lista interminable hasta el día de hoy.

A mis setenta y casi dos años de deambular por este planeta, me da vergüenza confesarlo, pero la única cosa que no cambiaré *jamás* serán los colores de mi equipo de futbol; y eso, para una persona que se ha hecho siempre tantas preguntas, no deja de ser paradójico. La explicación está en lo que podríamos llamar la irracionalidad deportiva y las ilusiones de la niñez.

Entrando en materia y razón por la que hoy, un 3 de junio de 2019, he decidido comenzar a escribir una historia

que *jamás* quise contar, se debe al estado sosegado y tranquilo en el que me encuentro, y que *jamás* creí recuperar después de la muerte de Maureen, mi primera mujer, hace ya más de siete años. No voy a hablar de mis relaciones matrimoniales, porque me parecería una frivolidad, sino de los efectos que provocaron en mí la marcha de mi esposa, y sobre todo del aprendizaje posterior que tuve que realizar, con ayudas externas y mi propia determinación, para cambiar aquella situación triste y desesperante.

Recientemente, ver la última película autobiográfica de Almodóvar, contada con tanta magia y naturalidad, me empujó para hacer lo propio con esta historia. Soy consciente de que no tiene color comparar las vivencias de un personaje mundialmente famoso con las de un desconocido, como es mi caso; sin embargo, pienso que lo importante no somos los personajes que actuamos en el inmenso teatro de la vida, sino nuestros sentimientos, pasiones y miserias, que hacen que este mundo sea tan variado, sorprendente y complejo.

Todo empezó el día del fallecimiento repentino de Maureen, algo que *jamás* se me había pasado por la cabeza. Al no esperarlo, ni advertirlo, mi vida se quedó tan seca como un pantano después de muchos años de sequía. Para alguien extrovertido, como creo ser, con decenas de actividades y motivaciones, me resultó extraño comprobar que durante semanas y meses el mundo se hubiera parado tan de repente, y que la alegría del sol se hubiera desvanecido, quedando mi vida completamente sin sentido.

Cada noche, cuando los ruidos de mi entorno se acallaban y la soledad se acentuaba, el líquido de mi embalse

interior rebosaba por mis ojos sin poder cerrar compuerta alguna y sin encontrar consuelo. Solo distraían mi atención aquellos dos pequeños ojos negros de Kino, mi perro, que me miraban fijamente, a la vez que movía su cabecita blanca y lanosa de un lado para otro, como si me preguntara la razón de aquellas lágrimas.

Pasaron muchas noches en ese estado, no podría decir cuántas; pero un día, sin dejar de sentir la desazón y la angustia que permaneció todavía al menos un par de años, algo en mi interior, o quizás proveniente del exterior, me hizo levantarme y dar un primer paso. Aun creyendo que *jamás* volvería a ser el que fui, porque cuando gran parte de la razón de nuestra existencia se ha hecho pedazos, es difícil que el jarrón de nuestra vida, por mucho cuidado que se tenga en su reconstrucción, quede exactamente igual que antes de romperse.

De modo incomprensible, la coincidencia, la casualidad de acontecimientos... que desde entonces me han acaecido, los encuentro tan fuera de lo común de mi vida anterior que a veces le pregunto a mi racionalidad si no estaré equivocado y no hay algo por ahí fuera, o por aquí dentro, capaz de mover algunos hilos del destino, de forma que todo encaje como un puzle. Es verdad que ya son demasiados años siguiendo las reglas de mi intelecto como para cambiar mis racionales creencias por esas casualidades o eventos..., pero...

Esas “casualidades” comenzaron cuando mi amiga Adriana, vecina de mi pequeño apartamento en Nerja, resultó ser la presidenta de adELA: una ONG que se ocupa de ayudar con cuidados paliativos a los enfermos de la esclerosis lateral amiotrófica, más conocida como ELA. Ella llevaba semanas

insistiendo en que les hiciera una visita en su sede central de Madrid, con el propósito de conocerlos y quizás ayudarles de alguna manera o simplemente haciéndome socio. Es cierto que, alguna que otra vez, he sentido cierta atracción por poner mi granito de esfuerzo allí donde se necesitara y me encajara, algo que siempre observé en mi padre; pero en aquellos instantes la solidaridad con los demás no entraba dentro de mis planes. Pensaba que, si no era capaz de ayudarme a mí mismo, difícilmente podría echar una mano a los demás, y fin de la historia. A primera vista, ese razonamiento parecía de lo más lógico en una mente tan enrocada con mi propio trauma, pero meses más tarde me di cuenta de lo poco que nos conocemos los humanos, y la cantidad de cambios que somos capaces de llevar a cabo, según las circunstancias. He aprendido que algunas de las situaciones importantes en que la vida nos examina se empiezan a resolver, justamente, cuando el sentido común deja de tener sentido, y son las emociones y las sensaciones las que toman el relevo para guiarnos.

El mismo día que me presenté en adEla continuaron moviéndose los hilos de las “casualidades”. Me recibió la entonces responsable del voluntariado, María Jesús. No sé si fue su elegancia, su capacidad envolvente de convicción, mi estado de sensibilidad, o una mezcla de todo ello, los que me llevaron a aceptar ser voluntario de la Asociación.

Mi primer cometido consistió en acompañar a Victoria, una enferma de ELA desde hacía tres años que se encontraba en silla de ruedas. Hasta aquel momento no era de verdad consciente de lo que significaba la enfermedad y, después de conocerla más con más detalle, me sorprendió que Victoria

solicitará un voluntario para mejorar su conocimiento del inglés. Me costaba entender cómo una persona en su estado, con una enfermedad como la que padecía, sintiera la necesidad de mejorar una lengua que costaba tanto tiempo aprender. Me preguntaba: *¿para qué, si el tiempo juega en su contra?*

Supongo que fue ese deseo de la joven, que en nada encajaba con mi sentido común, lo que despertó mi curiosidad y provocó que naciera en mí un enorme interés por conocerla, ignorando hasta dónde podría llevarme mi compromiso. En mi interior notaba un extraño ronroneo, como si aquel deseo de Victoria, tan inexplicable para mí, me quisiera mostrar que ella no estaba intentando luchar contra su destino, sino convivir con él.

Nuestro encuentro no tuvo lugar de inmediato, porque Victoria tuvo que ser operada un par de veces en los pies. Aquel contratiempo fue retrasando nuestra primera cita durante días, semanas..., y supuse que el deseo de Victoria de mejorar la lengua inglesa habría pasado a otro plano, en vista de las nuevas circunstancias.

Una tarde, la Asociación trajo a un psicólogo a la sede y reunió a un buen número de voluntarios; el objetivo era darnos unos consejos sobre cómo conducirse con los enfermos y sus familias. O dicho de otro modo: darnos una serie de reglas de lo que no deberíamos hacer cuando ejerciéramos como voluntarios. Salvo aquellos que habían experimentado la enfermedad en sus propias casas, no poseíamos mucho más bagaje que el deseo o el compromiso de ser voluntarios, y por lo tanto propensos a cometer errores. Al principio de la charla, todo me pareció interesante

y me di cuenta de la cantidad de tópicos que en ocasiones empleamos cuando nos encontramos a una persona conocida que padece cualquier enfermedad. También hicimos alguna demostración entre un enfermo de ELA, representado por el propio psicólogo y varios voluntarios. En mi caso recuerdo que quedé fatal, cayendo en todos esos tópicos que el psicólogo intentaba desterrar. Más tarde, cada uno de nosotros nos presentamos y explicamos la razón por la que estábamos allí y el deseo de ser voluntarios. Muchos de ellos, como digo, eran familiares de personas que habían fallecido víctimas de la enfermedad, y querían aportar sus experiencias a otras personas afectadas por la ELA.

Aquel no era mi caso, y ni siquiera había conocido a nadie con la enfermedad, que incluso desconocía hasta hacía muy poco tiempo: sentía como si aquel no fuera mi sitio. No recuerdo exactamente si fue aquella sensación de inutilidad, o de estar perdido en un ambiente que me sobrepasaba, o mi propio malestar por la pérdida de mi mujer, pero una mezcla de todo ello fue subiendo en mi interior como si fuera la lava de un volcán, hasta explotar y verterla en forma de un llanto incesante e incontrolable. Experimenté vergüenza por mi debilidad de haber estallado en presencia de desconocidos. Después me emocioné al sentirme arropado por muchos de los asistentes, y mi estado de ánimo se recompuso un poco.

No quiero al describir estos hechos que se tenga la sensación de que voy a escribir un relato triste, sino todo lo contrario; pero es necesario expresar lo que yo sentía en aquellos instantes para poder entender el camino que me llevó, finalmente, a hacerme sentir un voluntario: algo que no descubrí hasta muchos meses más tarde.

Mientras ordenaba mi cabeza sobre si seguir o no en la Asociación, y en vista de que Victoria no llamaba, me ofrecieron colaborar en unos talleres de yoga y meditación que se daban a los enfermos en la sede cada martes. Aquellos encuentros fueron mi primer contacto real con la enfermedad, y vi su cara a través de los enfermos en sus diferentes fases. Al principio, me produjo una gran impresión conocer a algunos de los afectados en estado avanzado; pero luego, sin esperarlo, cuanto mayores eran sus discapacidades, más cercano y a gusto me sentía entre ellos. Por ejemplo, recuerdo los estiramientos que les hacía de sus agarrotados dedos, como era el caso de Ampelio. Este me solía mirar de esa manera que expresa que estaba perdiendo el tiempo: y yo, ajeno a sus miradas y palabras, insistía en masajearse los, siempre siguiendo las instrucciones de los profesores. Aquel miedo irracional del principio se convirtió en ternura y una pizca de empatía, la cual se profundizó mucho más al conocer cada una de sus vidas y circunstancias, sus familias y sus anteriores trabajos. Había un enfermo que tan solo conocí durante unas semanas. Se llamaba Pepe. No podía hablar, ni mover sus extremidades, y cada vez que se las estiraba, según los ejercicios, él me miraba de una forma que me encogía el corazón. Era evidente que mi empeño por mejorarle parecía un esfuerzo inútil, y pronto comprendí que su presencia en el taller era para poder estar acompañado por otras personas. Así me lo confirmó un día su mujer, quien aprovechaba las dos horas que Pepe estaba con nosotros, supongo que para desahogar su tristeza, a juzgar por los ojos hinchados de su cara a la hora de recogerlo. Sin embargo, aquella mujer nunca se quejó de nada, ni de nadie, y tan solo se sentía agradecida

de que estuviéramos con su marido aquellos martes por la tarde.

Por fortuna, Pepe sí podía oírme y responderme con su mirada y guiños. Por ello intenté dialogar con él en una comunicación extraña entre mis labios y sus ojos. Así pasamos muchos ratos en que la sonrisa era el elemento común y el vaso comunicador entre ambos. Siempre, al encontrarnos y al despedirnos cada semana, le agarraba sus manos y se las apretaba, aun sabiendo que apenas tenía sensibilidad; pero él me correspondía siempre con su cómplice y parlanchina mirada y su inagotable sonrisa. Para mí, aquella persona era casi un desconocido; y aunque nunca pudimos mantener una conversación por su imposibilidad en el habla, aun así fluyó una comunicación y comprensión con simples gestos, a través de los cuales se introdujo en nosotros una corriente de afecto, hasta que un día dejó de asistir al taller y adiviné la razón sin preguntar.

Con la ausencia de Pepe, volví a preguntarme si todo aquello había servido para algo y si podría o debería continuar. En el taller había otras personas con el mismo problema, aunque en mejores estados: Valentina, Ampelio y mi queridísima Pilar... No sé cómo ni de qué manera me fueron absorbiendo lentamente y metiéndome en sus mundos. El gran descubrimiento fue comprobar que en nuestras reuniones no asomaba la tristeza, así que intenté participar y provocar momentos positivos con todos ellos; como devolviéndoles las sonrisas que durante semanas Pepe me había obsequiado. Poco a poco tuve la percepción de ir disfrazando o supliendo mi propio desánimo al concentrarme más en mis nuevos amigos.

Finalmente, y sin esperarlo, Victoria volvió a contactar con nosotros para renovar su petición del voluntario. No me fue fácil conciliar el sueño las noches posteriores. Dudaba de mí mismo y sobre cómo debía comportarme. Aquello no se trataba de colaborar en un taller de yoga arropado por un grupo, sino de estar con una sola persona desconocida, cara a cara. Me inquietaba no poder estar al nivel exigido en aquella situación a la que me había comprometido. No estaba lejos la experiencia del día del psicólogo, y su recomendación de intentar no poner más peso con nuestros problemas encima de la losa que ya tenía el enfermo. Aquello me turbaba y dudaba de cuál sería mi reacción. En el fondo seguía con el convencimiento de no poder ayudar a nadie, si todavía seguía sin resolver mi estado de ánimo.

Meses después me reía de aquellos pensamientos tan oscuros y preocupantes del inicio, en los que pensaba que acompañar a un enfermo de ELA sería algo así como estar con alguien fuera de este mundo. Pero los hilos invisibles, de los que hablé al principio, volvieron a ponerse en movimiento y me empujaron por fin a tener la esperada entrevista.

María Jesús, conocedora de las dudas de los primeros momentos en que se encuentran tanto el voluntario como el enfermo, además de indecisiones, complejos, o en resumen de no saber cómo desenvolverse, me acompañó a la casa de Victoria.

Capítulo dos

Habíamos quedado en el portal de la calle del domicilio de Victoria, un céntrico y antiguo barrio de Madrid, a las seis de la tarde; al parecer, era la hora cuando la levantaban de la obligada siesta. Al encontrar a María Jesús, supongo que descubrió mi cara de preocupación, cosa que ya habría observado en casos similares.

—No te preocupes, Antonio, y sé tú mismo; no tienes que ser o pretender lo que no eres.

Aquellas simples palabras me tranquilizaron y disiparon cualquier intención de haber representado un papel que no me correspondía. Incluso esboqué una ligera sonrisa al pensar lo que pudiera pasar, si verdaderamente actuaba como me recordaba en mis mejores momentos. Me propuse seguir el consejo de mi experimentada acompañante.

La familia de Victoria vivía en una sexta planta de un antiguo edificio con un portero portugués, con el que tuve pasado el tiempo una buena amistad. El ascensor era estrecho y tan vetusto que me pareció que tardó un siglo en su ascensión. Lo primero que me llamó la atención, al llegar a la casa, fue ver la imagen de una pequeña virgen pegada a la puerta, lo cual indicaba que me estaba introduciendo en una familia de fuertes creencias religiosas. “Vaya, no empezamos bien”, pensé para mis adentros recordando mis convicciones. Nos abrió la puerta una mujer de aspecto fuerte, no muy alta, que hablaba un buen español, pero con fuerte acento de un país del Este. Entramos en un pequeño salón luminoso donde

me recibió una señora, que pasaba de los setenta, sentada en un gran sillón y un par de grandes muletas a su lado, cercana al aparato de la televisión. Detrás vi a una joven alta, vestida de colores alegres, que parecía pegada a una silla de ruedas y que supuse se trataba de Victoria. Las primeras palabras de la joven me sorprendieron por la ironía que contenían, tratando de hacer una broma.

—Perdonad que no os dé la mano y me levante... Por favor, tomad asiento donde os pueda ver bien. Ella es Caridad, mi madre.

Saludé a la señora, que tampoco pudo levantarse y nos relató con pelos y señales el problema de sus piernas y la necesidad de usar las muletas. Me dejé caer como un muerto en el sofá de tela enfrente de Victoria, y me hundí hasta quedarme a tan baja altura con respecto a los demás, que me sentí ridículo. Intenté alcanzar el borde del sofá y recuperar una postura más de acorde a la situación; me costaba levantarme por culpa de una pequeña mesita de cristal con un enorme florero colocado delante, que me impedía hacer fuerza con mis piernas. Victoria me lanzó una sonrisa como aceptando mi inesperada torpeza y supe, en aquel mismo instante, que nos llevaríamos bien.

María Jesús hizo las presentaciones y después de una breve charla, cuyo contenido no recuerdo, finalizando con un “espero que congeniéis”, se despidió dejándome solo con las tres mujeres: la que nos recibió, que dijo proceder de Rumanía y llamarse Ángela, cuidadora de Victoria; la madre, que en ningún momento pudo levantarse debido a su estado, y aquella joven inmóvil en su silla. Victoria tenía unos rasgos dulces y unos mofletes rosáceos que me recordaron a los

dibujos animados de Heidi, y sobre todo mostraba una constante sonrisa natural. Después de los interminables segundos en que dejamos pasar al ángel, y sin dejar de observarme, Victoria me preguntó a bocajarro:

—¿Llevas mucho tiempo de voluntario?

Creo que no estaba preparado para entrar tan pronto en ese tipo de preguntas, porque tampoco quería anunciar que, a mis 64 años, en realidad era un novato. Así que opté por contestar con lo primero que me vino a la cabeza.

—Sí..., bueno..., una vez estuve sacando chapapote en Galicia, pero supongo que eso no cuenta.

—¡Claro que cuenta! —exclamó como dándole valor a mis palabras. ¡Ah, y llámame Vicky!

—Suena bien eso de Vicky. A mí llámame como te parezca, aunque Antonio está bien —dije tratando de quitar formalidades y hacer un chiste fácil, que pareció funcionar.

—Si te parece, te llamo Tony, por eso del inglés; todavía no has contestado a mi pregunta.

—Ya, bueno..., yo... En realidad, llevo pocos meses en adELA, y, además, hasta hace poco no conocía la ELA; así que supongo que estaré un poco torpe al principio.

—No te preocupes, todo irá bien. Por otro lado, solo tienes que enseñarme inglés; no tienes que preocuparte por mí en ningún otro sentido —me dijo volviendo a ofrecer una sonrisa tranquilizadora.

—¡Seguro que seré capaz de hacer algo más que mejorar tu inglés! —exclamé como queriendo aportar lo máximo, sin saber realmente el qué.

—Iremos viéndolo. Ahora, si te parece, vamos a mi despacho y empecemos las clases.

—¡Claro, sí, claro...! —contesté medio aturdido.

—Pues empújame, por favor, la silla; pero vete despacio que hoy no estoy para carreras —dijo volviendo a utilizar su ironía.

Aunque fueron pocos los minutos que habíamos estado charlando y observándonos, me quedó claro que ella era una mujer especial, con un tremendo sentido del humor. Aquella sensación hizo que mis preocupaciones y miedos se disiparan como el humo, y en mi mente comenzó a desarrollarse la idea de ser yo mismo, de seguir el consejo de María Jesús.

Después de empujar lentamente la silla de ruedas, en un estrecho y largo pasillo típico de los pisos de construcción antigua, pasamos a un pequeño cuarto con otra silla sin ruedas más grande, una mesa sobre la que se alzaba una torreta de ordenador y un teclado con una pantalla. Detrás de la mesa, un gran ventanal le daba al pequeño recinto una gran profundidad, por donde no solo pasaba una luz brillante del sol de un sexto piso, sino que ofrecía una vista interesante de los balcones y tejados de las casas al otro lado de la calle. Me llamó la atención poder contemplar, por unos segundos, un espacio infinito entre las rojizas tejas de los edificios y el azul cielo de Madrid.

En ese instante entró Ángela y la levantó de su silla de ruedas con gran fuerza y destreza y la depositó con suavidad en otra silla preparada para ella delante de la mesa del ordenador. Después desapareció dejándonos solos.

—Habrás observado que soy bastante alta; mido un metro ochenta y cinco, esto ahora para mi es una desventaja.

—Sí, me he dado cuenta cuando te han levantado, ¿no puedes andar nada? —le pregunté sin reflexionar.

—Desde hace un año he perdido mucha movilidad y tan solo puedo dar cortos paseos por el pasillo por el que hemos venido, pero ya voy acostumbrándome.

—¿Quieres que empecemos con el inglés, o prefieres hacer otra cosa?

—¡Claro, con el inglés!

—Vale, pues te voy hacer una serie de preguntas, si te parece, para saber tu nivel. —Durante unos minutos estuve preguntándole cosas triviales, desde el cómo te llamas hasta las clásicas preguntas de miembros de la familia, amigos... Su nivel no era muy alto, pero lo que sabía lo tenía perfectamente dominado. De esa forma comencé a conocer a Vicky. Según iba contestándome y dándome pelos y señales de su vida, me iba sorprendiendo y entusiasmando. Me dijo que tan solo movía dos dedos de la mano derecha y con dificultad, pero que aquello le permitía usar el ordenador con una cierta destreza y seguir trabajando. De vez en cuando intercalábamos el español con el inglés cuando teníamos algún problema.

—¿Y dices que aún trabajas? —le pregunté sorprendido en español, al observar la escasa movilidad de sus dedos.

—Sí, con mi ordenador. Soy sub inspectora de Hacienda y más te vale que no defraudes al Estado —dijo volviendo a usar esa ironía que empezaba a serme familiar.

—¡Defraudar! —exclamé ante tal pregunta, que me hizo sentir como si la policía me estuviera interrogando por si había bebido conduciendo.

—Ja, ja, era una broma: “a joke” —me dijo riéndose.

—Ya veo que eres una guasona; sigamos con el inglés. Ahora pregúntame tú a mi lo que quieras.

—¿Lo que quiera?

—Sí, claro, menos sobre mi patrimonio, no sea que...

—Ja, ja, ya veo que a ti no te falta tampoco el sentido del humor.

—Vicky, tú no lo sabes; has abierto la caja de pandora de la ironía y el humor, que dicho sea de paso me encanta. ¡Venga, pregunta!

—Estoy un poco cansada para seguir intercambiando palabras en las dos lenguas. ¿Podemos seguir en español?

—Como quieras —dije sin saber lo que me esperaba.

—No me contestes si no quieres —dijo en un tono algo más serio—. Me gustaría saber por qué eres voluntario y has aceptado venir, teniendo en cuenta lo lejos que vives, según me ha comentado María Jesús.

Mi sonrisa de novio de boda, que hasta entonces me había mantenido entero, se debió de borrar de mi cara y me dejó un tanto indefenso. Percibí que intentaba saber la clase de voluntario o persona que le había llegado a su casa. Me tomé unos segundos para responderle; presentía que mi respuesta podría significar un detalle importante en nuestra futura amistosa relación. Por ello me propuse decirle todo lo que pensaba, sin medias verdades, pudiera gustarle o no.

—Podría contarte la excusa de la solidaridad, el deseo de ayudar etc., etc. Sinceramente no tengo claro qué hago aquí, salvo la curiosidad de saber por qué, en tu situación, quieres aprender inglés. —Su cara reflejó sorpresa ante mi contestación, posiblemente inesperada. Al cabo de unos segundos, volvió su sonrisa.

—¡Vaya, me has dado la vuelta a la tortilla! Entiendo que te lo preguntes. Posiblemente, yo tampoco estoy tan

segura de para qué diablos quiero mejorar mi inglés, aunque quizás se deba a que intento vivir el día a día, sin hacerme demasiadas preguntas sobre algunos temas. Por otro lado, el poder entenderme en inglés era un viejo sueño inacabado.

—Sí, siempre es inacabado, te lo digo yo, que llevo años con él, aunque no sé si lo necesitas para algo específico.

—Pues es como tú con tu voluntariado: no lo tengo claro, pero me gustaría hacerlo.

—¡Qué bueno, Ya tenemos un punto en común: yo no sé qué hago aquí y tú no sabes para qué necesitas el inglés!

—Ja, ja es un buen comienzo, ¿no? —dijo sonriendo.

—El mejor, créeme, pero no se lo digas a María Jesús cuando te pregunte mañana cómo nos ha ido, porque podría desilusionarla: ella tiene mucha culpa de que hoy esté yo aquí. Créeme.

—Será nuestro secreto.

—Dime una cosa, ¿no querrás que te enseñe el idioma como en la escuela, con sus adjetivos, verbos, ejercicios...?

—No, pensaba solo en escuchar y hablar: tengo una memoria excelente. Y sí que me gustaría comprender alguna de las películas que frecuentemente veo en versión original.

—¿Te gusta el cine?

—Me encanta. Quizás algún día puedas acompañarme; es aquí al lado, en los cines Verdi.

—Claro, podemos ver una peli en inglés y luego la comentamos. ¿Conoces alguna canción en inglés? —pregunté tratando de averiguar si la música formaba parte de sus aficiones.

—Algunas frases de canciones modernas. No mucho, aunque la música en general es una de mis pasiones.

—Entonces te voy a cantar una de los Beatles que se titula “Here comes the sun”, una de mis preferidas.

—¡Qué vas a cantar! —exclamó mostrando una cara entre sorpresa y satisfacción.

—Mi voz no sé si entra en lo que se denomina música, aunque lo hago con la mejor de las intenciones.

—¡Vale, vale! —dijo sorprendida al ver mi inesperado desparpajo.

Yo sabía que hay puertas que chirrían más entonadas que mi voz, pero me surgió una fuerza interior que provocó que le cantase aquella canción, como si fuera un mensaje de lo que podría ser capaz. Ella me miraba sorprendida al ver cómo desafinaba; notaba que se sentía encantada por mi atrevimiento. Cuando terminé, le pregunté qué le pareció mi actuación, y contestó sin remilgos:

—Desde luego no perteneces al Coro de Viena. Me ha gustado, sobre todo, tu falta de complejos.

—¿Quieres que probemos ahora los dos? ¡Yo te escribo las frases y la cantamos a dúo! ¡Ya verás, se aprende mucho inglés a través de la música!

—¡Vale! —aceptó encantada.

La canción mejoró solo un poco, porque las respectivas voces evidenciaron no destacar como una de nuestras mejores cualidades. En ese instante entró la cuidadora, que venía acompañada del que supuse era el padre de Vicky.

—¡Qué pasa aquí, ¿por qué gritáis?! —preguntó un señor delgado como un junco, de cara simpática, que debería rondar los ochenta años.

—¡Este es mi padre! —dijo Vicky riéndose—, que ha creído que nos estábamos chillando cuando cantábamos.

—¡Ah!, ¿estabais cantando? —dijo el padre con una ironía superlativa, que me hizo comprobar el buen ambiente que reinaba en aquella casa.

—Bueno..., yo... Intento enseñarle inglés a su hija a través de la música; ya ve que no somos muy buenos. Si quiere, puede unirse al grupo y hacemos un trío.

—¡Ni hablar!, con dos cantores desafinados ya es bastante. Suerte, y me alegra conocerte, profesor de inglés.

—Me llamo Antonio, pero su hija dice que me llamará Tony.

—*Good bye* —concluyó mientras nos daba la espalda y desapareció veloz acompañado de la cuidadora.

Esa tarde estuvimos hablando de muchas cosas interesantes. Quizás, lo más llamativo y maravilloso de nuestra larga charla fue nuestra sinceridad, algo que ambos apreciamos mucho, y que con el tiempo constituyó la sólida base en la que se desarrolló nuestra gran amistad. Aquella tarde, sin pretenderlo, habíamos colocado una primera piedra en nuestro reciente caminar. Al despedirnos, me preguntó:

—¿Volverás el miércoles a la misma hora?

—Eso depende tanto de mí como de ti. Si quieres que venga, estaré aquí como un clavo. Tengo todo el tiempo del mundo, es una de las ventajas de ser jubilado y vivir solo. Bueno, quise decir casi solo, porque tengo a Kino, mi perrito, que me estará esperando para que le dé la cena.

—Me encantaría que volvieras.

—Entonces: *I 'll see you next wednesday.*

—*Okey*, me dijo ofreciendo su más amplia sonrisa.

Salí de la casa y aligeré el paso para tomar el metro hasta Plaza Castilla, después cambiaría a uno de los autobuses

con destino a Tres Cantos. Sentado en uno de los asientos del vagón del metro, un cúmulo de pensamientos se agolparon en mi mente. Por un lado, ver a aquella joven tan alta, llena de juventud y simpatía, me creaba una sensación agradable y muy positiva. Por otro, observarla cuando la levantaron de la silla, con su casi total inmovilidad, me creaba una desazón. Con todo este barullo de pensamientos, comenzó a formarse la pregunta que constantemente me hacía desde que entré en la Asociación: “En qué y cómo puedo ayudarla”. El inglés no me parecía una razón de peso con tan solo una sesión a la semana. Tendría que pensar en algo novedoso: algo que le hiciera estar interesada y que disfrutara a la vez. La canción que cantamos juntos tuvo un resultado muy positivo para los dos; no solo porque nos ayudó a romper el hielo, saltándonos así muchas etapas preliminares de una nueva amistad, sino que realmente pasamos un rato divertido. Opté por preparar cada día que fuera a visitarla una canción sencilla. Se la enviaría por *e-mail* con la letra en inglés, para luego poderla cantar en nuestros encuentros. También me apoyaría con CD y vídeos de inglés. Realmente fue así como años atrás yo mismo empecé a interesarme en aprender diversas lenguas. Por ello estaba convencido de que aquel método podría dar los resultados apetecidos, en lugar de la tediosa gramática.

Llegué al intercambiador de Plaza Castilla en espera del autobús. Calculé que, con el tiempo empleado para la ida, la vuelta, y la visita a Vicky, se me había ido toda la tarde: lo que suponía estar comprometido dos tardes fijas a la semana. Sin embargo, aquel compromiso adquirido con adELA y sus enfermos no constituía ya un simple llenar huecos en mi vida, sino un constante enfrentamiento a sentimientos, sensibi-

lidades y problemas reales de la vida, y comprobaba con satisfacción que todo aquello no me dejaba indiferente.

Kino me recibió con una alegría desbordada, seguro que cansado de una espera diferente a la habitual. Era evidente que mis ausencias significaban un tiempo de soledad para él, y que eso no lo llevaba bien. Su mirada parecía preguntarme la razón de mí tardanza. Por fortuna, los perros nunca son rencorosos y tan pronto le di de cenar, y lo saqué a dar un corto paseo, se sintió tranquilo y agradecido. Después, como cada noche, nos pusimos delante de la pantalla del televisor a ver pasar el mundo sin prestar demasiada atención. Esa noche lo tomé entre mis rodillas y le conté que había conocido una persona muy especial, a la que volvería a ver cada miércoles, sin saber hasta cuándo. Él me miraba, como de costumbre en nuestras conversaciones nocturnas, y movía la cabeza de un lado para otro como asintiendo a todo lo que le contaba, aunque no lo comprendiera. El vivir sin compañía es así: o hablas con algo o con un animal, como hacía Tom Hanks con un balón en la película *Náufrago*, o te vuelves medio loco. Y eso era Kino para mí en aquellos meses de vida deshabitada, al menos nos acompañábamos.

Capítulo tres

Por aquel entonces era un seguidor de Facebook, lugar donde insertaba pequeños relatos de temas, más o menos intrascendentes, a un reducido círculo de amigos. La misma noche de nuestro primer cara a cara con Vicky, tuve la curiosidad de saber si ella era también usuaria de la red, y poder conocer algún dato más de su personalidad y gustos. Tecleé su nombre y apareció su muro. Me sorprendió ver que había puesto un comentario relacionado con mi visita a su casa, tan solo minutos después de haberla dejado.

Relataba, de forma resumida, el encuentro con un extrovertido voluntario de adELA que mostraba una curiosa y agradable pizca de locura, empeñado en enseñarle inglés cantando. Aparecieron algunas respuestas de sus amigos, que bromeaban de su comentario y la animaban a continuar con el supuesto loco profesor. Me causó una gran satisfacción porque intuía que al menos no le había resultado indiferente ni aburrido. Mi primer impulso fue intervenir en el *chat* y darme a conocer, pero luego entendí que no era buena idea. Cerré mi ordenador y me fui a la cama con un sabor dulce en mi corazón.

Al día siguiente, seguí pensando en ella. Noté que mis miedos y prejuicios habían desaparecido desde el instante en que Vicky y yo nos miramos a la cara. Todo lo contrario, sentía un gustillo amable de tranquilidad con su compañía. Por otro lado, mi vida en general, y al margen de los

encuentros en la sede con el yoga y la reciente amistad con Vicky, seguía desajustada el resto de la semana: intentaba estar ocupado y motivado con diversas actividades, tuviera ganas o no. Confiaba que el tiempo podría ser mi mejor aliado, y esperaba el día en que se despertara en mí, de nuevo, la curiosidad por la vida.

Las tardes al regresar a casa y las noches resultaban ser los peores momentos del día. Todo parecía caérseme encima y el recuerdo de mi mujer, sus rastros todavía presentes por todas partes..., me oprimían el corazón con una angustia en el pecho que me ahogaba. Y, sobre todo, las preguntas sin respuesta. Fue entonces cuando indagué en mi interior tratando de encontrar alguna actividad que pudiera tapar o disfrazar aquellos horrorosos instantes vacíos, hasta que el sueño pudiera conmigo. Recordé que había escrito una novela en homenaje a un amigo que murió hacía años y sentí el regusto experimentado cuando la terminé. Nunca tuve intención de publicarla, al tratarse de una historia muy personal, pero recordaba las gratificantes horas que pasé mientras la escribí.

Una noche me puse delante del ordenador. Kino se echó al lado de mi pierna mostrándome su incondicional apoyo por cualquier novedad que se me ocurriera. Resucité los recuerdos de los últimos días con mi padre. Ya en su lecho de muerte intentó, con voz incomprensible, hablar conmigo, como quien desea confesar un secreto. Por desgracia, nunca pudo revelar lo que quería decirme, por su incapacidad con el habla. Pensé que sería algo sin demasiada importancia, o que simplemente quería expresar lo mucho que me quería, al

sentir la muerte de cerca. Entre él y yo siempre hubo una buena sintonía, y notaba lo orgulloso que se sentía de mí. Cada vez que regresaba de alguno de mis viajes por mi profesión de marino, notaba el brillo en sus ojos cuando me presentaba a algún vecino o conocido. *¡Es capitán de la mercante!*, solía decirles sin venir a cuento. Yo me sentía algo avergonzado. Por el contrario, a él le ilusionaba pregonarlo a los cuatro vientos. Por eso, y por muchas otras cosas más, su muerte fue uno de los primeros e importantes varapalos que me dio la vida. Por fortuna, en aquel entonces contaba con mi madre, mi mujer, mis suegros..., con los que pude hacer piña.

Más tarde encontré un artículo en una revista muy interesante que trataba sobre el famoso oro de la República que se vendió a Rusia, supuestamente por armas. El artículo hacía hincapié en las cifras de cajas de oro y plata que salieron del Banco de España, y las que llegaron a los barcos rusos en Cartagena. El primer oficial de uno de los navíos notó una diferencia de cien cajas a la hora del embarque, que reflejó en el manifiesto de carga. Yo tan solo contaba con el supuesto “secreto” de mi padre y el interesante artículo. En principio me bastaron aquellos dos detalles, porque la razón de escribir consistía más en librarme de mis fantasmas que pretender publicar una novela.

Reflexioné sobre el comienzo que le daría al relato, y supuse que basarme en vivencias de mi propia infancia me serviría. Aquella noche me di cuenta del gran poder de la imaginación, la ficción y la escritura, porque durante horas no dejé de teclear hasta que los ojos empezaron a dolerme. No repasaba nada de lo que escribía; tan solo quería construir una historia que no fuera triste y, sin saber cómo, aquellas

primeras páginas dieron pie para que comenzara a ver la luz *El oro de París*, mi primera novela, que más tarde contribuyó, entre otras motivaciones, a mi recuperación anímica y a conseguir una valiosa ayuda para adELA.

Casi sin darme cuenta, me había implicado en tres frentes: adELA los martes con el voluntariado del yoga, los miércoles con mi reciente amiga Vicky y la escritura para cubrir huecos. Reviví en mi mente los días de joven marino y repasaba aquella vida de sobresaltos y largas temporadas fuera de mi hogar. Sin embargo, no recordaba que nadie de los nautas con los que coincidí en aquellos años, o yo mismo, tuviéramos trauma, desánimo o depresión alguna. Supuse que, quizás, aquello fuera debido al estar tan involucrados con el día a día del barco, ya estuviéramos en puerto o navegando. Por ello presentí que estaba en el buen camino al mantenerme ocupado con varios frentes, aunque en principio todavía no me apasionaran.

Enseguida observé que para la escritura, como en cualquier otro oficio artístico, me faltaban herramientas, y la puntuación me mataba; así como algunas otras carencias a la hora de redactar.

Me dediqué durante unos días a encontrar un taller de escritura. De nuevo los “hilos invisibles” me llevaron a conocer a Ramón, un amigo de una amiga, de otra amiga..., con el que comencé a hacer mis pinitos de escritor tardío, a través de un cursillo *on line*. Al cabo de un tiempo comencé a notar, por primera vez en muchos meses, que un ligero cosquilleo en mi interior empezaba a ilusionarme. La ficción y fantasía de los personajes que iba creando con los ejercicios de Ramón, o el propio relato que fue convirtiéndose en

novela, me transportaban a lugares donde yo era el dueño y señor. Podía inventarme lo que quisiera con la licencia del escritor, y me parecía estar viviendo con ellos sus mismas aventuras.

Con este bagaje de “obligaciones” me propuse sobrevivir anímicamente y empujar el carro de mi vida hasta encontrar mi nuevo sitio en este mundo.

El miércoles siguiente estaba puntual en casa de Vicky, con una canción de Otis Redding muy fácil de pronunciar y de entonar. Había confeccionado una página en letras grandes con la letra de la canción. Me recibió Ángela, hablé unos minutos con Caridad sobre temas triviales y me fui a la pequeña habitación de Vicky, que me esperaba con la misma sonrisa de la semana anterior.

—¡Hola, ya está aquí tu profesor loco! —dije con una sonrisa burlona.

—Espero que no te hayas molestado. Intuí que tendrías curiosidad y que te meterías en mi página de Facebook.

—Para nada; lo digo de broma y me encanta que creas que estoy un poco loco, porque la locura con cierta cordura nos vendrá muy bien.

—Seguro, porque a mí me hace falta poder hacer alguna tontería que otra de vez en cuando, pero con esta silla...

—Mira, empecemos a divertirnos; te he traído una canción de Otis Redding que te va a encantar.

—¿De quién?

—¿Cómo que de quién? ¿No me digas que no lo conoces?

—Piensa que soy muy joven, ja, ja...

—Voy hacer oídos sordos a tu comentario; vamos a buscarla en Youtube, la escuchamos un par de veces y luego la cantamos juntos. En esta página tengo la letra y después de cantarla veremos lo que significa y te traduzco las palabras que desconozcas.

De esta manera tan simple volvimos a enchufarnos como dos amigos que se conocen desde años y empezamos a cantar: *Sittin' on the dock of the Bay...*

Después practicamos con pequeñas frases en inglés, preguntas y respuestas, hasta que de nuevo ella sugirió que habláramos de otras cosas en español. Me comentó su deseo de salir a la calle de vez en cuando y tomar un refresco o incluso ir al cine. Acepté todas sus propuestas y quedamos que para el próximo miércoles iríamos al cine a ver una película en versión original, en una de las salas Verdi cerca de casa.

Esa misma tarde me pidió que diéramos un paseo por su barrio hasta la hora de marcharme.

—Nunca he guiado una silla de ruedas tanto tiempo, y ese ascensor parece muy estrecho.

—No te preocupes, Ángela me pondrá en el portal; ella tiene mucha práctica. Cuando regresemos, tocamos al timbre y me recoge. Al empujar la silla, te iré diciendo; solo debes tener cuidado con los bordillos, los baches o cualquier obstáculo en las aceras por las que vayamos pasando...

—Okey, okey, *my lady* —dije sonriendo ante tanto detalle. Observé el brillo en sus ojos y su cara de preso enjaulado solicitándome, casi a gritos silenciosos, respirar el contaminado aire de Madrid.

El ascensor, tal y como había comprobado, resultaba estrechísimo para Vicky, su silla, Ángela y yo. Así que no hubo más remedio que apretujarme contra las tres, como si fuera en el metro en hora punta.

—Perdonadme si me estrujo contra vosotras, pero...

—No te preocupes, es un truco que uso para tener a un hombre cerca, ¿verdad, Ángela? —dijo Vicky volviendo a echar mano de su constante ironía y buen humor.

—¡Ah, ya! En ese caso quiero dejar claro que este encuentro, tan estrecho, no es más que una anécdota ocasional —dije siguiendo la broma.

Ángela, con cara de circunstancias, no parecía entender de qué diablos estábamos hablando, Vicky y yo sonreímos al ver la expresión de su cara.

Debo confesar que jamás hubiera pensado las dificultades tan grandes que encontré al empujar la silla por las aceras de Madrid, tan repletas de obstáculos. Por primera vez fui consciente de las penurias que experimenta cualquier discapacitado en sillas de ruedas, o sus acompañantes, intentando salvar los remanentes de obras mal señalizadas, los bordillos altísimos o destrozados, cacas de perro, baldosas sueltas, motos y hasta coches en las aceras, terrazas... y un sinfín más de impedimentos. Sin embargo, al margen de las interminables indicaciones que Vicky me iba dando como si fuera el instructor de la academia de conductor de sillas, su voz y su expresión iban cambiando como la de un niño gozando en la arena de la playa con su cubo y pala de plástico. Por cada rincón me contaba lo más relevante del lugar: su historia y transformación, los edificios donde vivían algunos de sus amigos o tiendas con artículos interesantes.

Ella me iba dirigiendo con tanta exactitud que parecía tener un GPS en su cabeza. Al cuarto de hora llegamos al parque de la plaza Olavide y la “aparqué” junto a un banco de madera del Ayuntamiento. Me dijo que quería sentir el sol de la tarde en su cara y la coloqué exactamente en el lugar que ella deseaba. Me dejé caer derrengado en el banco que se encontraba al lado, exhausto de tanto empujar la maldita silla. Hicimos un silencio y observé como cerraba los ojos mientras se bañaba en aquellos tenues rayos solares del mes de septiembre.

Al cabo de unos minutos, los abrió y dijo: —Este es uno de los mejores momentos del día, ¿no crees?

—Sí, sí, claro... —dije sin compartirlo, al sentir cómo me dolían mis riñones.

—¿Estás un poco cansado?, ¿verdad? No es fácil empujarme con tanto bache y cruce de calles.

—Solo al principio. Espero, al menos, haberte conducido bien.

—No estuvo mal, teniendo en cuenta que eres un novato, pero ¡ya verás como le coges el tranquillo! Con esta silla tienes que salvar oblicuamente los obstáculos de altura, como son los bordillos: nunca de frente porque podrías provocarme que me fuera hacia adelante y me cayera.

—No te preocupes, tendré cuidado; aunque te pediré un incremento en mi salario, en concepto de peligrosidad.

—Cuando te vayas, te daré un beso, en compensación —dijo con un cierto sonrojo.

—Me parece un buen salario —dije guiñándole un ojo.

Estuvimos una media hora contemplando lo que sucedía delante de nuestros ojos y disfrutando del sol, del

bullicio y hasta de los juegos de los críos que chillaban y corrían en medio de la plaza. De vez en cuando hacía de portero de fútbol improvisado, impidiendo que algunas de las pelotas pudieran dañarla.

—Para mí esto es la vida —dijo de repente.

—Lo entiendo —respondí sin añadir ningún comentario, y conector de lo que aquello significaba para ella.

Al mismo tiempo reflexionaba sobre lo importante que pueden llegar a ser las cosas más simples en nuestras vidas, cuando no podemos acceder a ellas por motivos de salud.

Finalmente el sol desapareció por debajo de los altos edificios que daban al sur de la ciudad, y Vicky me pidió regresar. Tenía una cara diferente a cuando salimos de su casa: más relajada y serena. El retorno fue tan dificultoso como la ida, aunque poco a poco parecía irme haciendo con aquella pesada silla de ruedas. Al llegar al umbral de su casa, toqué el botón de su piso en el portero automático. A los pocos minutos, apareció Ángela.

—Espero que te haya gustado nuestro paseíto de hoy —me dijo a modo de despedida.

—Por supuesto, no me imagino otra actividad mejor que empujar esta silla.

—Eres un tonto. Acércate que voy a darte el beso que te prometí. —Noté el beso en mi mejilla, como de alguien que realmente quiere dártelo, y me sentí afortunado—. Te veo el miércoles y nos vamos al cine. ¿Te parece?

—¡Lo que diga la jefa! Aquí estaré a las seis en punto.

Y eché andar volviéndome un par de veces para seguir despidiéndome con la mano, hasta que la vi desaparecer por

el portal de su edificio. Apresuré el paso hasta la estación de metro, para llegar a Plaza Castilla y tomar a tiempo el autobús hasta casa.

En el trayecto a Tres Cantos, donde tenía mi hogar y al único ocupante que me estaría esperando ansioso para darle la cena y sacarle a su habitual paseo, no hice más que pensar en las casi tres horas que habían transcurrido con Vicky. Recuerdo que me emocioné al apreciar cómo ella le sacaba tanto jugo a la vida, a pesar de tenerla tan llena de obstáculos. Toda aquella vivencia parecía como si me fuese dejando uno poso dentro de mí; algo así como si una fuerza interior me empujara a comprender que, al igual que ella luchaba por vivir cada segundo y valoraba tanto esos momentos, yo no me debería quedar lamentándome y lamiendo mis heridas.

Creo que fue esa misma semana cuando me apunté a otro taller de escritura en mi ayuntamiento y comencé asistir regularmente a clase cada lunes por la noche. A la salida solía tomar un vino con Augusto, un compañero de mi edad que vivía en la misma dirección. Aquella compañía retrasaba mi llegada a casa y tener que enfrentarme a la amarga realidad.

Al mismo tiempo Ramón, en su taller por internet, me mandaba ejercicios muy entretenidos en los que intentaba desarrollar mis mejores armas: la imaginación y la fantasía.

Gracias a las lecciones de Ramón sobre la puntuación, empezaba a colocar las comas, el punto y coma, los dos puntos..., y comenzaba a cogerle cierto gustillo a la escritura. Aquello me ayudó a seguir con la novela y disfrutar de ella cada vez que terminaba un capítulo. Poco a poco fui cambiando los pensamientos que tanto daño me hacían,

como los temidos “por qué”: ¿por qué mi mujer se fue tan pronto?, ¿por qué no lo hice mejor?, ¿por qué..., por qué...? En su lugar intentaba centrarme en aquella novela que me obligaba a usar mi imaginación; trataba sobre la vida de un curioso personaje que tenía mucho de mí y también mucho de lo que nunca fui, y que empezaba a gustarme. No siempre fui capaz de lograrlo y mis pensamientos negativos a veces podían con mi antídoto literario. Después, cuando me vaciaba en silencio, solía aparecer un cierto alivio, el cual aprovechaba para meter a mi personaje en mil y una aventuras.

Capítulo cuatro

El miércoles siguiente habíamos quedado en la puerta de los cines Verdi a las siete de la tarde. Saqué las entradas para ver una película en inglés con subtítulos, que ella había elegido previamente. En aquella ocasión la trajo Octavio, un amigo que vivía cercano a su edificio y al que conocí en un grupo de la Iglesia, a la que iba los domingos a misa. Octavio era una persona de mediana edad. Nos presentó Vicky y me pareció discreto y callado. Cruzamos unas pocas palabras y desapareció. Entramos en el cine y entonces comenzaron las nuevas instrucciones.

—Ten cuidado en la sala, es cuesta abajo y si no me vas frenando con los pies, terminamos encima de la pantalla.

—En ese caso moriremos como dos huevos estrellados. ¿Cómo hacemos para ponerte en la butaca?

—Yo me quedo en mi silla a mitad más o menos del pasillo. No son numeradas y en diario siempre hay sitio.

—Tú me vas diciendo.

Me paró hacia la mitad del pasillo; al ser cuesta abajo la sala, no se molestaba al espectador de atrás.

—¡Pon el freno, pon el freno... antes de soltar la silla!

—Sí, sí, claro, no te preocupes. ¿Ahora qué hago?

—Quítame el bolso y lo pones en el asiento de tu lado, después me desenrollas el pañuelo del cuello y lo dejas todo junto. En invierno es más complicado con el abrigo, el jersey..., pero ya lo veremos en su día.

—¿Algo más, señorita?

—Sí, por favor, dame un pequeño masaje por la espalda antes de sentarte: estoy un poco rígida.

—Vale, permíteme y no te emociones cuando te ponga la mano por la espalda —dije riéndome.

—¡Venga!, no seas tonto y aprieta un poco.

—Al terminar el corto masaje, se relajó y me dio las gracias, añadiendo que se me daba bien.

—Llevo meses practicando con los enfermos que vienen al taller de yoga los martes. En pocos meses me hago fisio. ¡Ya lo verás!

—Lo haces muy bien; repetiremos ja, ja. Cuando finalice la peli, cogerás de mi bolsito el importe del cine.

—Eso ni loco. Soy un antiguo y en ese aspecto no hay más que hablar.

—¡Ya veremos!

—¡Ya está visto! ¡Oye!, ¿de qué va la peli!

—De amor.

—Me lo temía.

No soy fan de las películas en versión original, porque o me dedico concentrado al idioma, si lo conozco, o me paso leyendo subtítulos que me cansan.

Justo cuando estaba más centrado en entender las conversaciones, Vicky me llamó.

—¡Tony, Tony...!

—¿Qué pasa? —pregunté acercándome a ella.

—Por favor, ráscame la nariz.

—¿Qué?

—Sí, deprisa, ráscamela, que me pica mucho.

—Vale, vale —dije apresurado mientras le pasaba mi mano derecha de arriba abajo.

—Así, así, un poco más abajo y a la derecha. Ya está, perfecto. ¡Uy, qué alivio!

—¡Ya!

—Sí, muchas gracias. ¡Menos mal que estás a mi lado!, es muy desagradable cuando me pica la cara y no puedo rascarme.

—¡Me imagino!

Había pronunciado esas últimas palabras sin realmente pensarlo, porque nunca había notado esa sensación sin que de inmediato no le pusiera remedio, con un acto tan simple como el de rascarse la nariz. Entonces me di cuenta de lo indefensa que estaba Vicky ante cualquier contratiempo, por normal o pequeño que fuera. Apenas pude ya concentrarme en las escenas ni en los diálogos, mi cabeza estaba más concentrada en el hecho que acababa de suceder.

Al terminar la película, esperamos a que todo el mundo saliera; le coloqué su pañuelo en el cuello y su bolso en bandolera, como solía llevarlo. Después empujé la pesada silla cuesta arriba hasta llegar a la calle. Allí le propuse tomar algo antes de llevarla a casa en una de las terrazas cercanas al cine. Ella aceptó con una sonrisa.

Al llegar el camarero, pedí una cerveza y ella un té templado con una pajita. El camarero, que no se había dado cuenta de la inmovilidad de los brazos de Vicky, hizo un gesto de extrañeza, pero al cabo de un rato apareció con las bebidas y la pajita.

—Prueba el té, me parece que echa humo y me va a ser imposible tomarlo. —En efecto, sin estar caliente en exceso, con la pajita era casi imposible beberlo. Me levanté y fui a la

barra del bar a pedir un par de hielos en un vaso. Después le eché uno en el humeante té y le di vueltas. Al cabo de un rato, lo volví a probar y me pareció lo suficiente templado para beberlo. Le acerqué el vaso a la altura de su boca y le introduje la pajita, no sin antes haberle dado con ella un par de veces en la nariz por mi falta de destreza o concentración. Tomó un sorbito, descansó un par de segundos para tragar e inclinó de nuevo la cabeza indicándome repetir la acción. Finalmente hizo un gesto claro, y deposité el vaso de té en la mesa. Me sorprendí entonces cuando con total normalidad pude acercarme la fría cerveza a mi boca y dar un buen trago.

Hablamos de la película; de lo que había entendido ella en inglés y la dificultad que entrañaba, aunque con los subtítulos le había sido más fácil reconocer algunas frases. Decidimos, como ejercicio de ese día, tener una conversación en inglés sobre el tema de la película. Nos reímos en muchas de las frases y de lo que pensábamos de algunas de las escenas, mientras de vez en cuando yo le acercaba su vaso de té con la pajita hasta que lo terminó.

—Ahora te invito yo.

—Ya sé que soy un dinosaurio de costumbres pasadas de moda; pero no suelo dejar pagar a una mujer a la que he invitado, salvo que se enfade, y no es el caso, ¿verdad?

—Ya me gustaría enfadarme y tirarte un zapato, ja, ja.

—Lo aceptaría, entonces, de buen gusto. Vámonos a casa, si te parece, porque ya sabes que no quiero perder la combinación con el autobús. —Empujé la silla hasta su casa, llamé a Ángela y repetimos la escena de la semana anterior.

—Hasta el miércoles, Vicky. Hoy soy yo quien te dará el beso.

- ¡Vale, pero no te pases, que no soy una chica fácil!
- No eres una chica fácil, sino increíble. ¡Adiós, guapa!

De nuevo la experiencia de ese día me dejó tocado. Una cosa es hablar de las dificultades, de los problemas, de las enfermedades..., de la gente o familiares y otra cosa muy diferente es vivirlo. Pensaba que, si estuviera en el caso de Vicky, necesitaría tener alguien a mi lado para rascarme la nariz, un ojo, una oreja... Y también el simple hecho de saciar la sed dependía de los demás, era como estar prisionero en una celda en la que tus piernas o brazos no te sirven de ayuda porque hay unas rejas sólidas que te impiden moverte. Empezaba a darme cuenta del alcance real de la enfermedad y mi sensación era de impotencia, sin saber si de verdad podría ayudar a aquella joven tan llena de optimismo. Me propuse estar un año con ella y ver hasta dónde podría llegar. Mientras tanto, volvería cada miércoles a su casa y cada martes al taller de yoga.

Capítulo cinco

Llegó el invierno y ya Vicky y yo sentíamos una fuerte amistad. Habíamos paseado por los parques, estudiado y practicado inglés, y sobre todo gozado de muchas películas y alguna que otra obra de teatro o exposición. Dominaba la silla de ruedas como si fuera una ligera carretilla, hasta el punto de echar alguna que otra carrera al pasar los semáforos en ámbar. La convencí para disfrutar de otras películas, más allá de las de arte y ensayo o en versión original. Aquello suponía ir a salas con diferentes dificultades de accesibilidad. Sucedió que en un par de ocasiones, bien fuera por retraso nuestro o por el éxito de la película, nos encontrábamos con largas colas delante de las taquillas. La primera vez que empleamos el truco de la enferma en silla de ruedas, para colarnos, fue toda una interpretación digna de un Óscar. Aunque Vicky estaba paralizada, por su cara rosácea, su juventud y actitud, daba la impresión de no necesitar un trato de favor.

—¡Mira qué cola!; no creo que lleguemos al inicio, y con los preparativos de acomodarte se nos va media película.

—Vete a la ventanilla y explícales lo que me pasa, que yo pondré la cara apropiada de enferma.

Entendí su intención y cuando llegué a la ventanilla hablé con las primeras personas que estaban a punto de sacar su entrada y con la taquillera. Al señalarles hacia Vicky, casi me da un espasmo. Se había dejado caer el cuello hacia un lado y sacado la lengua en una postura tal que nadie con un punto de sensibilidad me hubiera negado lo que pedía.

Agradecí a toda la gente por su sensibilidad y amabilidad al permitirnos la prioridad de entrar. Incluso un acomodador nos condujo hasta el mejor sitio de los asientos reservados en la sala. Con el tiempo, cada vez que nos veía, se desvivía por evitarnos todas las dificultades. Cuando llegué al lugar y nos quedamos solos, no pude contenerme:

—Qué mal rato me has hecho pasar, fingiendo ser una enferma en estado catatónico.

—¿Crees que hay enfermedades peores que la ELA?

—No es eso, era tu cara rígida, tu postura..., tú ya sabes a lo que me refiero.

—Alguna ventaja tendría que tener estar enferma, ¿no?

—He estado a punto de llorar o desternillarme de risa, en el fondo me alegro que te lo tomes así. ¡Anda, ven que empiece con el *striptease* de rigor!

Cuando la película terminaba tarde, Vicky llamaba a Octavio y nos recogía en la puerta del cine para acompañarla a casa. Hablábamos un rato y nos despedíamos como siempre hasta la próxima semana. Octavio siempre guardaba la misma compostura callada y discreta. Una vez, Vicky me contó cómo lo había conocido; fue en la iglesia donde iban los domingos con otros amigos. Octavio, desde hacía algunos meses, se había convertido en su ángel guardián. La transportaba a diversos lugares, como a las reuniones o misas en la iglesia. La levantaba, acostaba, en especial los días en que libraban sus cuidadoras; es decir, Ángela y una ucraniana que la atendía de noche y cuyo nombre he olvidado. Con tanta gente a su alrededor, mi tarea de voluntario se concentraba en la parte más lúdica: inglés, charlas, paseos, teatros y cines... En un

principio realicé mi papel, pero en nuestras charlas poco a poco fui advirtiendo que los temas eran cada vez más profundos, hasta llegar a la conclusión de que todas las personas a su alrededor, si exceptuábamos a Octavio, no tenían esa complicidad como la que habíamos construido de forma natural y casual Vicky y yo. No se trataba solo de ver una película juntos, sino que a veces descargaba en mí sus frustraciones, el miedo por el futuro de sus padres, sus dificultades económicas por los gastos de las cuidadoras, sus propios temores... Yo la escuchaba atento, sin darle consejos ni sugerencias, salvo que me lo pidiera, y aquello la relajaba.

Nos acercábamos a las temidas Navidades y yo pronto cumpliría el primer año de mi paso por los infiernos. Me encontraba un poco mejor que hacía meses, y al menos la angustia diaria se había calmado relativamente con todas las experiencias vividas en los últimos tiempos. Iba aprendiendo mucho y deprisa con la escritura, y la novela había llegado al paso del Ecuador. Me sentía satisfecho con el proyecto de escribirla, aunque no tuviese la intención de publicarla. La amistad con Vicky había llegado a un punto donde nos mostrábamos el aprecio tan grande que sentíamos el uno por el otro. Simplemente había pasado del voluntario temeroso de los primeros días al amigo confidente. Alguna vez que otra, incluso me aconsejaba sobre la ropa o la longitud de mi barba; algo así como si fuera la hermana que nunca tuve.

Poco antes de las fiestas de Navidades, compré unos gorros de Papá y Mamá Noel, los llevé a su casa y les pedí a su madre y a Ángela que cantáramos “Noche de Paz” en inglés: el “Silent Night”. Tuvimos algunas risas con la pronunciación

de las letras que les había llevado, y el momento fue mágico e irrepetible. Todos ellos eran sabedores de mi condición de viudo y sin familia, e intentaron una y mil veces que debía celebrar la Noche Buena y la comida de Navidad en su casa. Yo deseaba por todos los medios estar solo aquel primer año con mis recuerdos y con Kino. No obstante, ante las insistencias, acepté la invitación de la comida de Navidad.

En el mismo edificio donde vivía Vicky, habitaba una señora de 66 años que se había jubilado y sufría de una tremenda depresión; seguramente por haber pasado de repente del dinamismo y celeridad de su trabajo a la más completa inactividad. Al parecer, apenas tenía familia, salvo un sobrino que la visitaba alguna vez. En más de una ocasión tuvieron que entrar en su casa por su falta de señales de vida e ingresarla en el hospital. Vicky me habló de ella e intentamos varias veces que nos acompañara en alguno de nuestros paseos.

—¡Venga, María, ¡acompañanos!, ¡que te vendrá bien!, —intentaba Vicky convencerla.

—¡Claro, mujer, venga con nosotros; estaremos máximo una hora y volvemos a casa! —añadía yo. María, sin embargo, no mostraba la más mínima disposición y se negaba una y otra vez a acompañarnos. Vestida con una bata de casa oscura, y una cara demacrada, se negaba a salir.

—¡Pobre mujer, está peor que yo, y ya es decir! —solía Vicky comentar tras darnos María con la puerta en las narices.

—¿Peor que tú?

—A veces lo pienso, yo tengo una enfermedad en mi cuerpo, ella la tiene en la mente y eso le impide hacer nada.

—Ya, pero lo suyo podría mejorarse con un tratamiento, ¿no?

—Seguramente sí; pero mírala, está perdida. Solo sale cuando la llevan al hospital casi famélica y avisan al sobrino.

—¿Y que podríamos hacer nosotros?

—Yo ya lo hago, insistir y encontrar algo que la ayude; algo así como lo que haces tú conmigo, ¿o no?

—Sí, me parece bien; así me convertiré en un voluntario de una voluntaria, ja, ja...

—Ya lo fui hace tiempo, antes de que..., ya sabes.

—¡Ah, ¿sí...?! , ¿y qué hacías?

—Era voluntaria en la ONCE y acompañaba a muchos ciegos, especialmente a aquellos en fase de aprendizaje.

—No lo sabía, me parece genial porque es una muestra de eso que se dice de que una buena acción es como un *boomerang*.

—Ya lo ves, ahora soy yo la que recibo ayuda de adELA a través de ti.

—No creo que te ayude demasiado; tan solo nos encontramos una vez a la semana.

—Sí que me ayudas, y es una gran ilusión el verte y que salgamos por ahí.

—Como digas. ¿Qué podríamos hacer por María?

—Tengo pensado insistir en que nos acompañe a la comida de Navidad en casa.

—¡Está complicado! Hoy nos ha cerrado la puerta sin esperar a despedirnos.

—Ya lo verás, aunque tenga que visitarla cada día.

—Si me necesitas, dímelo.

—No, bajaré con Ángela, que la conoce también.

La Noche Buena sentí que Kino y yo, en nuestro casi primer aniversario de soledad, debíamos pasarla en casa con nuestros recuerdos, aunque fueran tristes y dolorosos. Me considero un aceptable cocinero, no era la noche para una gran comilona, pero Kino no tenía culpa de mi estado de ánimo. Así que pensé en preparar algo que nos satisficiera a los dos: un buen filete de vaca para Kino y un bol de leche con avena, pasas y frutas para mí. Poco antes de aquella “suculenta cena”, llamé a Vicky, quien insistía en que me fuera con ellos, pero entendía mi decisión. Nos deseamos todos los parabienes del mundo para ella y toda su familia, incluida Ángela, quien sin duda era la persona que le estaría sujetando el teléfono para poder hablar.

—Ya sabes que me encanta estar contigo, pero necesito estar solo; lo necesito de verdad.

—Lo entiendo, aunque mi padre dice que deberías venir porque mi madre ha hecho el pollo a su estilo ja, ja.

—Dale las gracias y que me guarde algo para mañana. Espero que sea una noche de paz para vosotros.

—Para ti y para Kino también.

—¡*Happy Christmas!*

—¡*Happy Christmas!*

Aquella noche fue tal y como la esperaba; encerrado entre mis recuerdos y soltando lastre interno, como diría un marino.

Kino, después de pasarse un buen rato relamiéndose por el extraordinario filete que se acababa de comer, me pidió un breve paseo con sus interminables y agudos ladridos.

Había una luna casi llena que iluminaba toda la calle. El ambiente obligaba a ponerme una cazadora encima, reinaba un hermoso silencio. Miré hacia arriba y me preguntaba si ella, mi mujer, era una de aquellas lejanas estrellas en el fondo del universo; y si no era así, qué pasaba con nosotros cuando nos vamos: ¿nos volvemos a encontrar de nuevo?, ¿desaparecemos para siempre?, ¿nos reencarnamos? Lancé un beso con mi mano como si fuera un cohete espacial que llevaba como misión alcanzarla y sentirla en paz allá donde estuviera. Después de que Kino hubiese levantado la pata en cada esquina, cada farol o matojo y marcado su territorio una y mil veces, nos fuimos a la cama y mis pensamientos se fundieron con mis sueños.

Cuando me presenté al día siguiente con una botella de vino y un ramo de flores en la casa de Vicky, me recibieron con gran alegría por haber decidido asistir a la comida. Conocí a un tío de Vicky, que era pintor, y a una prima con los que tenía muy buena relación. Su padre, siempre chistoso, y ya dando signos de pérdida de memoria, me recibió con un:

—¡Hombre, ha llegado el inglés!

Le entregué la botella de vino al padre y el ramo de flores a Caridad, su madre. Sentí no haber sido más previsible y haber llamado antes, ya que María, la vecina, estaba allí con un vestido que distaba mucho de su habitual bata. La expresión de su cara no había cambiado mucho, pero al menos su presencia era un signo positivo. La saludé. Ella no hizo ningún gesto, sumergida en su estado. Me alegré, no obstante, al ver como Vicky, a pesar de su situación, tenía siempre esas ganas de ayudar a los demás, como era el caso

de María. Aquellas acciones reflejaban un espíritu generoso y un comportamiento ejemplar. Después me dirigí a Vicky y le di el acostumbrado beso en la mejilla, al tiempo que le enrollaba un *foulard* alrededor de su cuello.

—¡Mi regalo de Navidad y Reyes!, espero que te guste.

—¡Muy bonito! Yo también te he comprado algo que necesitabas.

—¡Ah, sí!, ¿y qué es lo que necesito?

—Una carterita de mano, siempre vas con los bolsillos llenos de papeles y hasta mezclas el dinero con cualquier cosa.

—¡Vaya, ejerciendo de hermana otra vez!

—Espero que no te moleste.

—¡Al contrario, me viene muy bien! Tus observaciones, al igual que la cartera. Por cierto, ¿cómo has conseguido que viniera María? —le pregunté en voz baja, aprovechando que la vecina tenía la mirada fija en la televisión del comedor.

—Tengo muchas tablas como voluntaria —me contestó susurrando.

—Ya veo, ya. Tendré que seguir fijándome en ti y aprender.

—¡Vamos a la mesa y dejemos las charlas para el año que viene! —dijo Caridad.

Aquella comida fue todo un acontecimiento familiar muy entrañable. Ángela daba de comer a Vicky y su padre no hacía más que intentar que María probara el famoso pollo de su mujer.

—¡María, ¿cómo es que estás deprimida con tanta comida en la mesa?! —Todos sonreímos por la ingenuidad de sus palabras y hasta María se animó a probar el sabroso pollo.

El tío de Vicky me pareció una persona interesante que no paró de preguntarme cosas sobre lo que hacíamos en la asociación y agradecer nuestra labor con los enfermos de ELA. Después de la comida y un rato de charla animada, Vicky tuvo que dejarnos para su reposo diario, y yo aproveché para despedirme, agradeciéndoles su hospitalidad.

Aquellas Navidades las recuerdo también por el empuje que le di a la novela. Prácticamente me dedicaba día y noche a escribirla. Intentaba con cada línea distraer mi pensamiento y meterme en los personajes y en los diversos lugares. Todos ellos eran parajes que más o menos había visitado en mi etapa de marino. Recordaba cuando era un “pájaro libre” y alegre que quería comerse el mundo y me sorprendía cómo recordaba imágenes de muchas ciudades que visité: Burdeos, Hamburgo, la Ruta de la Sal en Alemania, Schwäbisch Hall... Tenía las ideas claras y la historia iba fluyendo hasta que prácticamente la deje terminada, tan solo atascada en cómo remataría el final.

Me sentía satisfecho y agradecido a la escritura, que me había ayudado a pasar tantos momentos creativos con los diferentes personajes y “gozado” de los lugares que reviví; pero, sobre todo, los ratos que me sirvieron para atenuar mi tristeza. Entonces no podía imaginar que aquella historia de ficción me serviría luego para muchas otras actividades solidarias, que todavía hoy se mantienen.

En los primeros días del año, cuando hacemos promesas de cambio en nuestras vidas, me comprometí a dar pasos hacia adelante; nuevos pasos que, igual que la novela me había servido de apoyo, me permitieran comenzar otros

proyectos y actividades que siguieran impulsándome hacia adelante, y que a la vez tuvieran un fin útil y social. Todavía recuerdo la cara de Vicky cuando le anuncié que, si ella lo deseaba, además de los miércoles la acompañaría también los domingos y poder disfrutar de nuestra agenda lúdica. Sus ojos se iluminaron y exclamó:

—Te mentiría si te digo que no me apetece, pero tú vienes desde muy lejos.

—No es un esfuerzo. Los domingos en casa suelen ser los días peores para mí. Y si no son todos los domingos, será cuando nos venga bien a los dos. ¿Te parece?

—Vamos viendo.

—De acuerdo.

Aquella propuesta, tal y como esperaba, se convirtió en una rutina. Disfrutábamos sobre todo del cine y algún teatro, paseos por los parques cercanos, charlas interesantísimas donde fuimos exponiendo nuestras creencias y criterios. Éramos dos amigos de ideas diversas en cuanto a la política y a la religión...; pero luego coincidíamos plenamente en las relaciones humanas, y aquello, poco a poco, fue creciendo hasta llegar a comprendernos con solo una mirada.

El inglés nunca lo abandonamos, sino que, al contrario, trabajamos en la lengua de Shakespeare en grandes sesiones, utilizando CD, vídeos de YouTube, libros y sin olvidar nuestras clases de canto. Acordamos que, cada vez que tuviéramos la clase, uno llevaría una canción en inglés del ritmo y el gusto que quisiera, y que propondría al otro. Aquello resultó un experimento muy sugestivo, donde claramente se evidenció la existencia de dos diferentes generaciones en los gustos por la música. Me dio a conocer grupos que no tenía ni idea de

que existieran, y ella comenzó a conocer a los Who, a Gilbert Becaud, Alain Barrière, Adriano Celentano y se extasió con “Singing in the rain”. Aquella vieja canción, que me confesó haber oído alguna vez, cobró tal sentido que prácticamente se convirtió en nuestro himno, en especial cuando nos cogía por sorpresa algún chaparrón en la calle. Terminó conociendo toda la canción palabra por palabra, y quedamos que cuando estuviéramos tristes nos acordásemos de tararearla, aunque fuera interiormente. Los momentos de las canciones eran tan fantásticos que incluso las interpretábamos: ella ponía caras y yo levantaba brazos o piernas. Una vez traje una canción de AC DC e intenté hacer los mismos saltos y gestos que los cantantes. Simulé tocar la guitarra y dar pequeños saltitos, con tan mala suerte que tropecé con la pata de mi silla y casi me caigo por la ventana que da a la calle.

—¡Mira que si llego a matarme por estar haciendo el tonto! —exclamé mientras observaba que no dejaba de reír ante mi desinhibición. Su risa fue a más y en ese momento advertí que se atragantaba. Intenté calmarla y al cabo de un rato, ya tranquila, dijo.

—Ya ves cómo es esta enfermedad, hasta el exceso de risa o alegría me puede matar.

—¡Mira que si te llego a matar de risa! —dije sin pensar.

—Pues no habría mejor manera de irse de este mundo —respondió.

—Mejor nos calmamos... Me gustaría preguntarte algo. ¿Sabes ya la razón por la que quieres mejorar tu inglés?

—En eso estoy. ¿Y tú sabes la razón para ser voluntario?

—Yo también estoy en ello, pero al menos ahora sé que te puedo hacer reír, aunque quizás te mate. Ja, ja.

Recuerdo muy bien aquellos días de voluntario. Las cosas y mi estado de ánimo parecían mejorar y observaba que estar tan ocupado me ayudaba a sobrevivir cada día. Seguía con el yoga y veía con cierta tristeza como algunos enfermos desaparecían y otros nuevos llegaban. Entre los nuevos me cruce con Pilar, una mujer de aspecto débil, que todavía podía caminar con un bastón. La había conocido en una de las excursiones que adELA organizaba para los enfermos que tuvieran una cierta movilidad. Yo acompañaba a Vicky como voluntario, pero tuvimos que separarnos al tener que anclar la silla en un lugar preparado en la parte trasera del autobús. El destino, la casualidad o lo que fuese, hizo que me sentase al lado de Pilar. Nos presentamos y comenzamos a conversar. Al principio le costaba hablar sobre ella. Quizás, movida por mi atrevimiento y locuacidad, empezó a ir más allá de lo que pretendía y fue soltando como un torrente todo lo que concernía a su enfermedad, incluso confesarme que estaba a punto de tirar la toalla. Al terminar su historia, me sentí estúpido por mi osadía; luego me pareció como si Pilar se hubiese liberado, a juzgar por su semblante, de un gran peso al haber transmitido la razón de su amargura y sentirse comprendida y arropada por un desconocido como yo. Creo que lo mejor que pude hacer por aquella mujer fue escucharla sin interrumpirla ni juzgarla.

—¿Te gusta la literatura? —le pregunté para cambiar de tema y distraerla, sin realmente tener un plan concebido.

—Sí, leo bastante, aunque hasta de eso me canso.

—¿Y escribir?, ¿te gusta escribir?

—Sinceramente no, me agota mucho; lo que más me gusta es pintar en acuarela.

—¿De verdad?

—Sí, pero me queda poco, porque mis dedos se están volviendo torpes.

—Pues yo estoy escribiendo una novela, para aliviar mis propios problemas.

—¿Tienes algún enfermo de ELA en la familia?

—No, mi mujer murió no hace mucho, pero no de ELA.

—¿Y qué haces aquí en adELA?

—Coopero en las clases de yoga y acompaño a una enferma. Se llama Vicky y está en la parte de atrás; es una mujer fantástica con una gran personalidad y buen humor, luego puedo presentártela. ¿Tú vienes con alguien?

—No, me trajeron en taxi a la Asociación: todavía me puedo valer por mí misma, aunque muy despacito.

—¿Tienes algún voluntario que te visite?

—No, no creo que tenga ganas de uno, porque estoy muy baja de moral, como ya te he explicado.

Pasamos un día maravilloso en un complejo hotelero de la sierra de Madrid. Nuestros profesores de yoga, que nos habían acompañado, nos dieron una de las sesiones que solíamos hacer los martes en la sede. No tenía ni idea de cómo podría animar a Pilar a que se dejara ayudar de alguna forma por la Asociación e intentar hacerle comprender que había actividades que la podrían ilusionar. Entonces se me ocurrió la idea de hablarle a Vicky, para que fuera ella la que la animara a tener un voluntario. Las dejé a solas durante bastante tiempo, pude observar lo ensimismadas que estaban la una con la otra. Cuando me acerqué a Pilar, me dijo que aceptaría un voluntario como prueba, aunque con el derecho

a rechazarlo si no funcionaba. Y también que asistiría a clases de yoga. Me alegraba comprobar que con pequeñas acciones se podía cambiar la actitud negativa de algunos enfermos.

Nuestra Asociación, o al menos así lo vivo, se ocupa de paliativos físicos con logopedas, fisios, etc., que alivian el cuerpo. Además, a través de psicólogos, de los voluntarios, excursiones, salidas al teatro, cine..., se ayuda positivamente a mejorar su estado anímico a los enfermos y a sus familiares.

—Por supuesto, Pilar, siempre será tu decisión. Tengo una persona en mente que te vendría como anillo al dedo, ¿quieres que lo intente?

—Como quieras —dijo no demasiado entusiasmada.

—Si es igual de loco como Antonio, te aseguro que te vendrá bien. ¡Ya lo verás! —dijo Vicky apoyándose.

—Lo es, y es perfecta para ti.

—¿Es una mujer? —preguntó Pilar, algo más interesada.

—Es más que eso, es un diablillo que te hará subir en cohete a la luna.

Conocí a Belén por el curso de literatura *on line* de Ramón, que a su vez descubrí por Rosa, mi amiga de Tres Cantos. Belén nos había invitado una vez a su casa y cuando la vi con sus muletas, su desparpajo, el espíritu de superación tras su accidente de tráfico y lo bien que llevaba sus secuelas, pensé que aquella mujer sería la persona ideal para Pilar; tan “solo” me quedaba convencerla para que se hiciera voluntaria de adELA y presentársela.

Al cabo de unos días, alguien o algo debió de mover los conocidos hilos invisibles, de modo que, sin grandes esfuerzos, me resultó relativamente fácil que Belén hiciera la primera visita a casa de Pilar como voluntaria. El resto fue un

proceso normal entre dos personas que se miran, que coinciden en lo importante de sus sentimientos y se dan cuenta de que pueden ayudarse. La amistad entre ellas creció, igual que la mía con Vicky. Llegaron a ser grandes amigas hasta el día que, años más tarde, Pilar nos dejó, no sin antes haber saboreado con alegría muchas de las cosas que la “adorable locatis” de Belén le hizo experimentar. En una ocasión recuerdo que no la puso en un cohete, sino que la convenció para montar a caballo. Pilar dio un giro espectacular en cuanto a su ánimo, tal y como podía comprobar cada martes en las clases de yoga. Llegó incluso a pintarnos un par de acuarelas para nuestros libros de microrrelatos que terminamos publicando, e incluso animó a su madre, una estupenda escritora, a que participara en nuestra web de micros. En definitiva, comenzó a vivir el día a día, tal y como hacía Vicky, y supo llevar muchísimo mejor su enfermedad.

El día de la excursión a la sierra fue inolvidable, hasta el punto de inmortalizarlo con un montón de fotos que guardaré para siempre. En una de ellas se nos veía a Vicky y a mí tan contentos que, meses más tarde, la utilicé en la novela que finalmente publiqué como homenaje a ella y para adELA.

—Por cierto, ¿qué tal con la novela? —preguntó Vicky

—Esta inacabada, pero le queda poco. Cuando termine, te la paso por *e-mail* para que puedas leerla sin problemas y la critiques todo lo que quieras.

—¡No te olvides! —exclamó con un tono entre burlón y amenazante.

Al llegar a casa, entendí lo que había representado un día de excursión para todos aquellos enfermos y familiares.

Pudieron reunirse y charlar sobre sus problemas comunes. Algunos incluso ya se conocían de coincidir en los hospitales o en talleres de la Asociación. Me prometí que algún día intentaría cooperar para que esas excursiones se repitieran y que, al menos un día al año, todos se sintieran dichosos. Para empezar, esa semana repasé la novela hasta encontrar el final y dejarla lista para mi profesor y amigo Ramón.

Ramón la leyó y me dijo que le parecía buena, y que se podía publicar por su dinamismo e interés para el lector. Él solía darme buenos consejos para mi reciente e ilusionante afición: “No abuses del estilo ni de las palabras ostentosas que pueden acabar cansando al lector”, solía indicar entre sus recomendaciones. “Lo más importante es que cuentes una historia interesante, que el lector no pueda dejarla”, añadía.

Entonces sopesé que aquella novela podría ser un vehículo de divulgación de la ELA y adELA. Ramón, al escuchar mi propuesta, se acordó de un cuñado que había fallecido hacía años por esa enfermedad, y nos propusimos editarla. Además, la recaudación íntegra por la venta de todos los libros se destinaría a adELA y a sus enfermos. Le pedí permiso a Vicky para usar nuestra foto de la excursión en la solapa, con la excusa de hacerla famosa.

—¿De verdad la vas a publicar? —me dijo un día al salir del cine.

—Sí, y aparecerá nuestra foto, para que todo el mundo vea dos amigos unidos por una buena causa: Vicky y yo. ¿Me das tu permiso?

—Estás loco... Si tú crees que puede ayudar, adelante.

Un par de meses después tenía el primer libro en sus manos, con una cariñosa dedicatoria mía para ella y para

Ramón, las personas que me dieron ánimo y ayudaron para que mi primera novela saliera a la luz. Ella lo veía con ojos atónitos y pidió que se lo pusiera delante y pasara las páginas lentamente, queriendo saborearlo. Cuando vio nuestra foto y la dedicatoria, pude observar su rostro reluciente y sonrosado de satisfacción.

—Eres increíble, no creí que lo llevaras a cabo.

—Esto nos permitirá llegar a muchos sitios y recaudar fondos para adELA.

—¿Qué sitios?

—Pues no sé, dar conferencias sobre la enfermedad y concienciar a la sociedad para que se investigue, y también para que ayuden a nuestra Asociación. El libro, como dice Ramón, es una carta de presentación para luego centrarnos en la ELA. ¿No te parece que merece la pena?

—Dame cien de ellos, que los vendo en mi trabajo.

—¿Cien? ¡Mi madre! ¿Serás capaz de vender tantos?

—Ya lo verás.

El oro de París resultó lo que yo pretendía: una novela entretenida, sin pretensiones y con un mensaje sobre la ELA y adELA en sus dos primeras páginas. Incluso el diario *el Mundo* nos publicó una reseña muy favorable, que añadimos a la cubierta en las sucesivas ediciones. Todo aquello nos dio un impulso inesperado, que nos hizo pensar en próximos y nuevos pasos. Sin casi pretenderlo, o ser conscientes de ello, advertimos que los tres: Ramón, Vicky y yo, teníamos ahora una ilusión común; algo que podíamos tocar con nuestras manos y queríamos desarrollar. De repente, la noticia se extendió y me vi haciendo entrevistas en la radio. La primera de ellas en Radio Nacional, nada menos. Recuerdo que me

vinieron a recoger a casa con un gran coche y un chófer uniformado. Me abrió la puerta de atrás del vehículo y me invitó a entrar como si fuera un personaje famoso. Aquello era demasiado para mí, así que le pedí que me dejara ir en el asiento junto al conductor. Él se alegró de mi petición y durante el trayecto pudimos charlar amigablemente. Al llegar a Prado del Rey, me preguntó si quería dar una vuelta por las inmensas instalaciones, lo que acepté de buen grado. La entrevista con una joven periodista fue amena, me anunció que el programa trataría sobre temas solidarios, incluyendo un pequeño comentario sobre *El oro de París*. Me preguntó si quería conocer las preguntas, pero yo le dije que prefería contestar más con el corazón que con mi cabeza.

Les conté la experiencia entre Vicky y yo e incluso, en un momento en que me vine arriba, me lancé a cantarles el “Here comes the sun”. Desde la sala donde hacíamos la entrevista podía ver, a través de una mampara de cristal, la cara de sorpresa y satisfacción de otra joven que manejaba los equipos de grabación. Aunque la entrevista estaba prevista para media hora, duró mucho más. Al parecer, fui tan convincente que me pidieron todos los libros que llevaba conmigo para venderlos entre los empleados. Por primera vez pude decirle al mundo que aquello era la consecuencia de una simbiosis entre una enferma de ELA y su voluntario de adELA. Cuando salí de Prado del Rey, percibí que había perdido el miedo y la timidez a hablar en público.

El miércoles siguiente, Vicky me esperaba emocionada. Me contó que había escuchado la entrevista y me dijo haberse sorprendido de lo tranquilo y suelto que estuve.

—He pensado en ti cuando hablaba y todos los miedos de timidez o vergüenza desaparecieron. ¡Ya ves, hasta les canté nuestra primera canción!

—¡Ya veo, ya! ¡Pobres oyentes! Mi madre y yo nos reímos de tu voz de carraca; al mismo tiempo nos alegramos por tu cara dura. Ja, ja.

—Lo importante es que mereció la pena, y esto me ha dado impulso para que hagamos más cosas juntos.

—¿Juntos?

—Claro, sin ti todo esto no tiene sentido para mí.

—¡Estás loco!

—Gracias, eso es lo que más me gusta que me llames. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Acabo de darles a adELA los primeros mil euros producto de las ventas; en especial por las tuyas, con tus compañeros de Hacienda. ¿No es esto un proyecto juntos?

Por primera vez en meses no me contestó con una de sus irónicas respuestas, sino que aceptó mi argumento y me ofreció una de sus mejores sonrisas. Al llegar a casa me sentía eufórico y se me ocurrieron dos nuevas acciones para llevar a cabo. La primera fue enviar gratis *El oro de París* a todos los enfermos de nuestra asociación, acompañado de una carta en la que ofrecía hacerles una visita en sus casas, donde poder mantener una charla agradable.

La segunda, aprovechando que había empezado unas clases de francés en el Instituto oficial de Madrid, solicitar al director su espléndido teatro, con el fin de dar una charla similar a la que acababa de realizar en la radio. Se lo comenté a Vicky y me dio su aprobación y “bendición”, aunque me

avisó que los subidones desmesurados no suelen ser del todo aconsejables, si se traspasa una invisible línea roja. En aquel instante no supe de qué línea me estaba hablando, porque no tenía tiempo de pararme a pensar que, una vez metido en un tobogán de proyectos ilusionantes, nada impediría mi recuperación anímica total.

Mi profesora de francés, Nadia, me aconsejó que solicitara una entrevista personal con el director del Instituto. Si me la concedía, cosa poco probable, debería echarle narices y mantener toda la entrevista en francés; quizás así lograra convencerlo. El francés no era un idioma que dominaba, aunque me defendía a trancas y barrancas. Empujado por mi recién audacia en la radio, me presenté ante el “temido” director, que resultó no ser tanto, y con todo mi desparpajo le hablé de nuestro proyecto solidario durante veinte minutos sin parar. Después me hizo unas preguntas, las cuales respondí como buenamente pude. Milagrosamente, se volvió hacia una gran pizarra que tenía a sus espaldas y buscó un hueco en la agenda.

—Hay esta fecha de disponibilidad del teatro y es un jueves, ¿la quieres?

—¡¿Qué?!, sí, sí, claro..., estupendo y muchas gracias.

Mientras bajaba las escaleras desde el despacho del director hacia el bar de la escuela, no podía dar crédito a lo sucedido. En la cafetería del Instituto me encontré a Nadia.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó con gesto preocupado.

—¡Ha sido fantástico, me ha dejado el teatro!

—¿En serio? Te puedo asegurar que no es fácil.

—Gracias por el consejo, Nadia, ha sido fundamental lo de hablar en francés, aunque al principio creí que me moría.

—Seguro que lo has hecho bien.

—Yo creo que ha valorado más mi esfuerzo para poder explicarle el fin solidario que mi francés.

—Todo influye. Me alegro e iré a verte. ¡Ah, y di algo en ambas lenguas en tu conferencia! ¿Vale?

—Algo se me ocurrirá.

—Entonces nos veremos ese día en la conferencia.

Lo primero que hice después de salir del Instituto fue llamar a Vicky y contarle los acontecimientos.

—No me extraña que lo lograras, estás iluminado por alguna extraña fuerza, es evidente que, cuanto más positivo se es en la vida, esta te recompensa con alguna alegría.

—Estoy solo en parte de acuerdo contigo, porque en ese caso a ti te debería caer alguna que otra recompensa, ¿no crees?

—Me la está dando, eso ya lo hablaremos otro día. A lo mejor también tiene algo que ver el Dios en que no crees.

—¡Ah, hasta ahí sí que no voy a llegar!

—¡Incrédulo!

—¡Ilusa! Nos vemos el domingo y procura que la peli no sea de amor y tenga un poco de acción, ¿vale?

—Ya veré lo que hay. Un beso.

—Un beso.

En mi camino a casa, no cabía de gozo por todo aquello que estaba pasando. Al parecer, y según Nadia, no dejan el teatro a casi nadie, y menos para un acto que no fuera del propio Instituto. Me hicieron sonreír las palabras de Vicky sobre la influencia de Dios, siendo una “fan” o seguidora suya,

cuando a ella solo le ocurrían cosas negativas. Sin embargo, tampoco me convencía que tantas “casualidades” positivas se estuvieran alineando para que todo me saliera tan perfecto. Pensé en mi mujer, como si ella fuera quien estuviera moviendo aquellos hilos invisibles que me ayudaban a paliar su pérdida. Tampoco creo en la resurrección, ni en otras vidas; mucho menos después de haber esparcido sus cenizas, hacía más de año y medio, en un monte cercano a Nerja.

Después de mucho reflexionar, tuve la idea de crearme una especie de Ente, al que llamé Snoopy. Él representaría todo aquello que mi mente era incapaz de comprender de modo racional, al que dirigiría mi mirada y mis pensamientos cada vez que quisiera dar gracias a alguien o algo por todo lo bueno que me estaba pasando. Me propuse no pedirle nada a cambio, para no caer en la tentación de que *Snoopy* se convirtiera en uno más de los otros dioses que pululan por la Humanidad, como respuesta a nuestras debilidades.

Lo situé en medio del carro de la Osa Mayor, justo en el punto donde se cruzan sus diagonales. Es un lugar donde no hay una estrella relevante, sino un oscuro y profundo vacío. Si uno mira al cielo en una noche estrellada y busca el carro de la Osa Mayor, lo podrá comprobar.

Cuando al domingo siguiente me encontré a Vicky y le detallé todo lo ocurrido con el Director del Instituto, su cara mostraba felicidad.

—Tuve que hablarle de ti y la fuerza con la que me impulsas a emprender todas estas cosas.

—Me alegra saberlo, yo bastante tengo cada día con sobrevivir y llevar toda la casa; ya ves cómo están mis padres.

—Sí, me hago cargo. Quizás todo esto también nos lleve a poder ayudarlos. ¡Quién sabe!

—¡Ojalá te escuche ese Ente tan gracioso que has creado! ¿Cómo dices que se llama?

—Snoopy. Es el nombre de un dibujo animado que veía en la televisión hace muchos años en Inglaterra. —En realidad era un pequeño perro, que en los sesenta se transformaba en un cangurito, y que recuerdo hacía las delicias de los niños de entonces y hasta de algunos adultos.

—Me hace gracia eso de que te hayas creado tu propio dios, pero me parece bien.

—No es un dios, es algo que resuelve de momento mis dudas sobre sucesos que no entiendo. En todo caso, eso de inventar dioses no es una cosa nueva en la historia de la Humanidad.

—¡Vaya, estás agudo hoy!

—Intento estar a la altura de mi interlocutora, ja, ja. —Y levanté la cabeza al cielo y exclamé—: Gracias, Snoopy, por haber puesto en mi camino a una mujer tan inteligente y con este sentido del humor.

—Lo que yo siempre digo, estás loco; pero has fallado en algo en tu razonamiento.

—¡A sí!, ¿en qué?

—En que es de día y no puedes ver la Osa Mayor, y sin embargo te has dirigido a Snoopy.

—¡Uhhmm..., “*touché*”!, ja, ja.

Capítulo seis

El día que tuvo lugar la conferencia sobre la ELA, en el Instituto Francés de Madrid, me encontraba nervioso. Vicky estaba ilusionada, esperando el acontecimiento; me pidió que no me enfadara si ella no asistía al evento, aunque se moría de ganas por ver cómo me desenvolvía.

El Instituto nos dio toda clase de facilidades. Dimos comienzo con un vídeo sobre la ELA. En primer lugar intervino el antiguo director de adELA, que en su condición de médico aclaró todo lo relacionado con la enfermedad. Después Adriana, nuestra presidenta, comentó todo lo importante sobre la Asociación: servicios, ayudas a enfermos y familias... Cuando ella me pasó el micrófono, tenía unas ideas en la cabeza para explicar lo que suponía para mí el voluntariado, aunque estaban un poco deslavazadas. Había intentado el día anterior preparar una especie de guion, pero no daba con la tecla; así que me la jugué y, al igual que había hecho en la radio, intentaré hablar con el corazón. Noté que el público me observaba con atención y tras los primeros titubeos, en que las palabras se negaban a salir, pensé en Vicky y en la trascendencia del acto. Me tranquilicé, y comenzaron a fluir. Poco a poco me iba animando con mi relato, que no fue otro que contar las anécdotas vividas con Vicky y la relación que habíamos creado entre dos personas desconocidas. Al llegar al episodio de cómo le canté el “Here comes the sun” de los Beatles, no pude remediarlo y me atreví a volver a cantarla delante de toda aquella gente. Después les recité un trozo de

un poema en francés de Baudelaire, en honor a Nadia, que se encontraba en el teatro observándome. Quería demostrar con aquella canción y aquella poesía que un voluntario como yo puede realizar cualquier cosa por crear ilusión y alegría y vencer mi timidez. Con aquella actuación, más propia de un chiflado que de un conferenciante, vi a la gente embelesada. Después les hablé de cómo se fraguó *El oro de París* y les aconsejé que lo compraran para ayudar a adELA. Finalmente Ramón, mi editor y amigo, puso el colofón sobre la novela.

Lo más interesante fueron las preguntas del público, y se cerró el acto con un fuerte aplauso. Nadie se fue sin *El oro de París* en su bolsillo. Me noté dichoso al ver cómo aquella pequeña novela nos había servido para abrir otros horizontes.

Tuve que esperar al día siguiente para hablar con Vicky y contarle cómo fue todo. Además, el acto fue grabado y le prometí que pronto lo veríamos juntos. Ese mismo domingo la visité y nos quedamos viendo el vídeo. Sentí su emoción cuando me escuchó referirme a ella desde el corazón.

—¡Tienes una cara dura..., mira que cantarles en un acto como ese!

—Como ves, no hice más que decirles la verdad y todos lo notaron. Algunos me comentaron que nuestra complicidad era digna de envidiar.

—Y ahora, ¿qué más vas a hacer?

—Ahora que he cogido tablas, tengo la intención de hacerlo en otros lugares. Hemos de extender el conocimiento de la ELA y adELA por todos los sitios.

—¿Ya tienes tablas?

—Pues claro, ¿no ves que he perdido la vergüenza?, y eso me da alas para hacer cualquier cosa.

—Me das miedo ¿Qué será lo próximo que se te ocurra?

—Ja, ja, a mí también me da cierto temor, porque estoy pensando en algo más grande que ya te diré.

Después de agradecer a Snoopy su ayuda para que todo, una vez más, hubiese salido bien, me tomé unos días para tranquilizarme un poco. Me sentía feliz y parecía que mi angustia interna había desaparecido con tantas emociones, como el libro y la conferencia. Hablé con Maureen, a través de Snoopy, y la pedí que me liberara definitivamente de la tristeza y la desazón interior producida por su pérdida. Creía y deseaba poder empezar una nueva vida, aunque sin olvidarla.

Un martes por la tarde, en la clase de yoga de la Asociación, no sé qué me ocurrió; empecé a sentirme mal: algo dentro de mí se estaba moviendo como si fuera la lava de un volcán a punto de explotar. Aguanté lo mejor que pude y me excusé por no quedarme con los enfermos esa tarde hasta el final. Tomé un taxi con la intención de llegar pronto a casa, echarme un poco y calmarme. Sin embargo, cada minuto que pasaba me sentía peor y salí de casa de noche, alterado, en busca de una farmacia de guardia. No me atrevía a coger el coche por mi estado y temor a un accidente. Busqué desesperado una farmacia de guardia. Encontré una no muy lejos y les pedí que me dieran algún tipo de calmante. Me argumentaron que no podían suministrarlo sin la receta de un médico. En su lugar, me tomaron la tensión y observé la cara desencajada de la farmacéutica. Me ordenó, más que sugerirme, que me fuera corriendo a urgencias.

Al llegar al ambulatorio en un estado tan excitado, me pasaron enseguida a una sala. Una médica intentó calmarme

con palabras tranquilizadoras. No recuerdo ni sus preguntas ni mis respuestas, porque mi estado me impedía mantener la mente serena. Al cabo de un rato, me dijo que me echara en una camilla y me puso una inyección. Intentó calmarme, hasta que, a los pocos minutos, lo que me había inyectado comenzó hacer su efecto y me relajé. Me sentía muy cansado, con una sensación grande de querer cerrar los ojos y dormir. Me entregó un informe y me aconsejó que al día siguiente me viera el médico de cabecera o algún psiquiatra.

Desde el centro de urgencias hasta mi casa hay como una media hora de camino y el efecto de la inyección me iba dejando en un estado de soñolencia preocupante. Me senté un par de segundos en uno de los bancos de hierro del paseo. Mis ojos empezaron a cerrarse y apenas podía andar; tan solo quería dormir y me recosté en el banco. Una desconocida fuerza, que todavía hoy no me explico, tiró de mí y me hizo levantarme y seguir mi camino hasta llegar a mi casa. Kino me recibió con su habitual alegría, pero posiblemente advirtió que no estaba para juegos. Alcancé el dormitorio a duras penas, intentando no caerme por las escaleras y apoyándome en las paredes. Me desplomé sobre la cama con el infundado pensamiento de que no pudiera abrir más los ojos. No sé cuántas horas dormí, al despertarme había mucha luz en el cuarto. Recordaba borrosamente la noche anterior, en especial a la médica de urgencias, pero ignoraba cómo había llegado, salvo un ligero recuerdo del banco de hierro de la avenida. Estaba vestido, tumbado de bruces sobre la colcha de la cama, y con los zapatos puestos. Tenía una sensación de descanso y sosiego, aunque mi cabeza flotaba y me costaba coordinar las ideas. Hice un esfuerzo por levantarme y puse

los pies en el suelo. Kino, como cada mañana, empezó a mordisquearme los tobillos invitándome a que lo sacara.

Tomé una ducha y mis ideas, bajo la influencia del agua, comenzaron a reagruparse. No entendía la razón de mi subida de tensión y lo mal que me sentí, hasta creer que había llegado mi hora. A través de María Jesús de la Asociación, a quien le conté lo ocurrido esa misma mañana, me concertó una cita con un psiquiatra al día siguiente en Madrid.

Tuve que llamar a Vicky y contarle lo sucedido, ese día no podía verla por mi débil e inseguro estado. Noté su preocupación al teléfono; la calmó saber que nuestra amiga y coordinadora me había facilitado una cita con un profesional.

Me presenté en la consulta y mi sorpresa fue encontrar a María Jesús esperándome; era evidente que se había tomado todas aquellas molestias para ayudarme. Media hora de charla con el psiquiatra le bastó para decirme que creía haber encontrado la razón del problema y que además intuía que yo también lo sabía. Sus palabras fueron seguras y tajantes: —Amigo mío, uno no puede decidir cuándo los traumas han acabado. Eso depende de muchas circunstancias que no controlamos, y tú has querido poner fin a tus males por las bravas. Por desgracia, esto no funciona así.

—¿Y cómo funciona?

—Tal y como me ha dicho tu amiga, eres una persona extrovertida y echada para adelante. Simplemente tienes que darte más tiempo, sin prisas y de forma natural. Entonces, poco a poco, posiblemente en seis meses o un año volverás a un estado llamémosle normal.

—¿Tanto tiempo todavía? Ya llevo año y medio y me sentía mejor, incluso la angustia me había casi desaparecido.

—Hay otra manera de acortar plazos, tomando pastillas. Te voy a recetar un par de ellas y otra para dormir, en caso de que tengas problemas para conciliar el sueño. Tú decides después qué camino escoger.

—Me parece buena idea, lo pensaré.

—Me han dicho que fuiste marino. Yo también lo fui, concretamente de la armada.

—Yo, de la mercante. A propósito, tengo aquí un libro que acabo de publicar que va sobre la vida de un marino. Son diez euros y es muy divertido, así ayudas a nuestra asociación.

—¡Qué bueno! Es la primera vez que un paciente en su primera cita me vende su libro. Dame uno, ¡y me lo firmas!

—Siempre hay una primera vez. Yo nunca había visitado a un psiquiatra y, ya ves, aquí estoy vendiéndote un libro.

La visita a mi primer psiquiatra, y hasta hoy el único, había sido productiva y me confirmó lo que me temía. Con todas las actividades de los días anteriores había pretendido tapar mis emociones, y creía haber hallado un nuevo punto de partida en mi vida, pero era evidente que me había equivocado. Ahora tenía que decidir si tomarme las pastillas y acortar plazos, como decía el psiquiatra, o tomármelo con tranquilidad y naturalidad. Opté por comprarme las pastillas, pero solo las tomaría en caso de volverme a pasar un episodio parecido a lo ocurrido la noche anterior.

El miércoles siguiente llamé a Vicky y le conté que la crisis había ya remitido, y que iría a verla como de costumbre.

—Me tenías preocupada. No tenía ni idea de lo que te había pasado. Siempre cuando llegas aquí estás sonriente y te vas de la misma manera.

—Yo vengo para animarte y no crearte más problemas de los que ya tienes.

—Tú eres mi amigo, y los amigos se cuentan todo, ¿no?

—Es cierto, pero antes de venir aquí un psicólogo de la Asociación nos recomendó que, cuando estuviéramos con un enfermo, una de las cosas que teníamos que evitar era poner una losa sobre otra.

—¡Ah!, pero entre tú y yo no existe ya una relación de enfermo y voluntario, sino de amigos. Además, si yo te cuento mis problemas, a mí me gustaría compartir también los tuyos. La querías mucho, ¿verdad?

—Sí, toda una vida con ella y se me fue en 48 horas sin enterarme. Tampoco deseaba contarte nada, porque me da mucho dolor recordarlo; todavía no lo he superado, a juzgar por el episodio que me ha ocurrido. Además, tenías razón.

—¿Yo...?, ¿en qué?

—En aquello que me dijiste de no cruzar la raya roja en momentos de euforia, ¿recuerdas?

—¿Y tú la pasaste?

—Es evidente, y así me lo ha dicho el psiquiatra.

—Entonces seguimos nuestro camino habitual y te propongo una peli para esta tarde que he visto que dan en los Verdi.

—Bien, ya habrá tiempo para responder a todas tus preguntas. Vamos al cine, y espero que hayas elegido bien esta vez.

—¿Insinúas que tengo mal gusto? —me dijo fingiendo provocarme.

—Para nada, era una broma, me encantan todas las pelis románticas que hemos visto; bueno, digamos casi todas.

El verano apareció casi de repente y el calor empezó a pegar fuerte, como cada julio en Madrid. Desde hacía años siempre había ido al que fue el apartamento de mis suegros en Nerja. Añoraba aquella terraza desde la que se puede ver la sierra y el mar a la vez. El verano anterior, antes de conocer a Vicky, fui dos semanas a Alemania, intentando que nuevas tierras y gentes me aliviaran la tristeza de los primeros meses de viudo. Me aterrorizaba usar esa palabra, era como si no me correspondiese. Es difícil pasar de un estado a otro en tan poco tiempo. La gente se adapta enseguida a las palabras, cuando nos referimos a los demás, pero es insoportable asimilarlo para el que lo padece.

—No podré verte en un tiempo; pero he hablado con Ramón, mi editor, y está dispuesto a acompañarte alguna vez, mientras esté fuera en Nerja e Italia. Quiero encontrarme con un amigo en Roma.

—Me encantaría acompañarte. Recuerdo que una vez visité esa ciudad y fue una maravillosa experiencia perderme una semana entre sus calles.

—Me duele dejarte, necesito un pequeño cambio y regresar con las pilas recargadas.

—Claro; tráeme uno de esos imanes de Roma para poner en la nevera.

—Por supuesto, aunque espero traerte algo más.

En el cursillo de alemán que hice en Gotinga, el año anterior, había conocido a Sergio, una de esas personas que te encuentras casualmente en la vida y que en cuestión de horas parece como si fuera un amigo de siempre, y tu ser hace un “*click*”. Como con Vicky, pero en otras circunstancias.

Estaba casado, con dos hijos, y era budista a la italiana. Como él mismo solía decirme: “Antonio, todavía no soy un buen budista, pero estoy en ello; ponme otro vino, por favor”. Aquel comportamiento de Sergio, tan diverso y natural, causó en mí una reacción extraña. Me parecía fascinante que en medio de un parque me dijera que necesitaba realizar sus oraciones, y sin ningún prejuicio o complejo se sentaba sobre la hierba, o en un banco, sacaba de su inseparable mochila una imagen de una persona barbuda y anciana, y durante media hora no dejaba de cantar en voz baja unas frases repetitivas e incomprensibles para mí; casi tanto como el alemán con el que nos comunicábamos. Luego me decía que se trataba de mantras, dedicados a un gran maestro budista.

Sentía curiosidad por Sergio, su manera de pensar y sus creencias. Lo que me gustó del budismo era que no tenían dioses y las enseñanzas de Buda o de sus maestros no eran tanto prohibiciones, como en otras religiones, sino reglas para una forma de vivir en el mundo que pisamos.

Aún recuerdo la noche de nuestra despedida. Habíamos congeniado tanto que nos resultaba absurdo que se pudiera perder aquella reciente amistad solo por el hecho de que él viviera en Italia y yo en España. Así que le prometí que algún día viajaría para descubrir Italia y, de paso, le visitaría.

Sergio vivía con su familia en Roma, ciudad que deseaba conocer con calma y encontrarme con él en los últimos días de mi viaje a Italia. Antes quedé fascinado ante las hermosas e históricas Florencia y Venecia, donde tuve el presentimiento de que un día volvería con alguien, porque era un pecado no gozar de tanta belleza sin compartirla en compañía. Al llegar a la plaza de San Marcos, me quedé maravillado. La había visto

miles de veces en fotos, pero ninguna le hacía justicia. Entré en la iglesia que se levanta majestuosa en la misma plaza y en su interior hice algo incomprensible para un agnóstico. Me acerqué a un recogido altar lateral del templo con una pequeña virgen, donde la gente, supongo, rezaba o solicitaba algún favor. Después se levantaban y depositaban monedas en una especie de cajón con una ranura; al momento se encendían unas pequeñas velas eléctricas. Alcé los ojos hacia la estatua, que me observaba fijamente, como diciéndome: “¡Tú que haces aquí, si no eres creyente! Dejé bien claro que estaba allí no por mí, sino por Vicky, y encendí dos de las velas. Deseé que su vida, la que tenía destinada, fuera la más gozosa, tranquila y positiva posible. Mi mente me decía que aquello no era más que una debilidad del ser humano, al salir del templo tenía los ojos húmedos.

En Roma le di una llamada a Vicky, desde el mismo barrio del Trastevere, confirmándole la sensación de placer que sentía al callejear por aquella bellísima ciudad, tal y como me había contado.

El encuentro con Sergio y su familia fue muy emotivo. Era evidente que había hablado muy bien de su “fugaz amigo español”, a juzgar por el recibimiento que me dieron su mujer y sus dos hijos. Me llevó a los sitios menos turísticos y visitados de Roma, pero más auténticos: como la cena en una pequeña taberna repleta de italianos, cuya especialidad era el bacalao, o el de un pequeño lugar entre callejuelas del Trastevere donde, según ellos, pude saborear el mejor helado del mundo. Una vez más comprobé cómo las pequeñas cosas, si se está acompañado por las personas adecuadas, resultan las más gratificantes y las de mejor recuerdo.

Compré el imán, postales, calendarios y unas cuantas baratijas para mis amigos del taller de yoga de adELA, en una tienda del Vaticano. Y ya que estaba metido en el ajo, me acordé de Caridad, la madre de Vicky, y adquirí un rosario, supuestamente bendecido por el mismísimo Papa.

Las vacaciones en Italia y el mal alemán de mi amigo me hicieron concebir la idea de que, a mi vuelta a Madrid, aprendería italiano.

Mi llegada a la casa de Vicky me recordó al anuncio navideño del hijo que retorna al hogar. Caridad se emocionó al ver el rosario, en especial cuando le dije que estaba bendecido por el 'jefe'. Vicky me miraba con aquellos grandes ojos azules y me pidió que saliéramos a algún lugar donde contarle con detalle todo lo que había visto y experimentado.

Aquella tarde recuerdo que, más que una charla entre nosotros, fue un interrogatorio continuo. Deseaba saber cada detalle y las tonterías que había hecho... Aunque no pretendía hacerlo, acabé contando la anécdota de la plaza San Marcos.

—¡Pusiste una vela a la Virgen para que la vida me fuera bien! No me lo creo, ¿te habías bebido algún vino toscano?!

—Sí, claro, quizás fue eso. También me emocioné recordándote. Eso sí, allí dejé bien claro que yo seguía siendo agnóstico y que mi único referente seguía siendo Snoopy.

—Ja, Ja. Seguro que hasta le hiciste reír.

—Todo depende del sentido del humor que tengan los dioses o los santos. En la Edad Media te quemaban en la hoguera si renegabas de ellos.

—En la Edad Media era lo que había...

Lo poco que restaba del verano pasó con tranquilidad y una temperatura más suave. Las clases de inglés y nuestros encuentros los realizábamos en los parques, en las cafeterías o en cualquier banco de una avenida semi desierta. De vez en cuando me ausentaba unos días a Nerja con las ganas de bañarme en El Playazo, una playa no muy concurrida cerca de mi apartamento. Un día, creo que a principios de septiembre, recibí una llamada de Vicky mientras paseaba con Kino.

—¿Pasa algo? —contesté de inmediato al ver su nombre en la pantalla de mi móvil.

—Tranquilo, no pasa nada malo. Al contrario, te llamo para decirte que ya sé la razón de querer aprender inglés.

—¡Ah, sí...!, ¿qué es? —exclamé esperando una broma.

—He estado hablando con Jeremy Irons, mi ídolo, en plena calle.

—¡Qué, te ha dado el sol!, ¿verdad?

—¡Que no, es verdad! Está en Madrid promocionando su última película, sobre algo de Lisboa. Al pasar por el cine, le he dicho a Ángela que se enterara de lo que pasaba, y resultó que estaba dentro del local por lo de la promoción.

—¡No me digas!, ¿y qué ha sucedido?

—Ángela me ha llevado a la puerta del cine y me he encontrado con el acomodador que conocemos. Le pregunté si había alguna forma de saludar al actor. El hombre, que ya sabes es muy amable, me ha dicho que lo iba a intentar. Al cabo de un rato venía con Jeremy; le ha debido de convencer para que saliera un momento a conocerme.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¡Que es verdad, te lo juro!

—¿Y qué ha pasado?

—Salió y hemos estado hablando. Me ha preguntado qué me pasaba al estar en silla de ruedas, cómo me llamaba y muchas cosas más.

—¿En inglés!

—Claro, ¿en qué, si no?; él no parecía saber español. Le he respondido perfectamente, tal como hacemos en clase. Estoy..., estoy todavía emocionada. Esto ha sucedido hace una hora y quería que fueras tú el primero en saberlo.

— ¿Quieres decir que has estado hablando con Jeremy Irons, como el que no quiere la cosa, en inglés?

—Sí, ¡incrédulo!, ¿ves como todo tiene una razón de ser? Gracias a nuestras lecciones he podido experimentar algo que jamás habría soñado.

—¡Es que es una pasada! También queda demostrado lo buen profe que soy, ¿no?; aunque esto debe de ser obra, una vez más, de Snoopy. Esta noche le doy las gracias. Me alegro mucho por ti; bueno, por los dos.

—Tú y tu Snoopy. ¿Cuándo vienes?

—Pronto estaré allí, te llamo para confirmártelo y que me des más detalles.

—Bye.

—Bye.

Por Internet pude contactar con una web temporal que se había creado de Jeremy Irons para promocionar la película mientras estuviera en España, y le escribí al famoso actor.

Me presenté como el voluntario de la joven en silla de ruedas con la que había cruzado unas palabras a la puerta del cine donde se proyectaba su película. Le agradecí el detalle que tuvo con ella, y le di mi dirección rogándole me enviase

una foto suya dedicada a Vicky. Sorprendentemente, Jeremy Irons, en persona, contestaba mi correo electrónico confirmando que con mucho gusto lo haría. Tuve una agradable sensación al ver que alguien como él tuviera este gesto. Nunca recibí la foto, pero estoy convencido de que fue debido a algún fallo administrativo y no por falta de intención.

A mi vuelta de las vacaciones volvimos al ritmo habitual: clases, paseos, películas, teatro... Ella consideraba cada día que pasaba como un día más de disfrute de la vida, y era admirable cómo se iba adaptando a la disminución de sus capacidades por el avance de la enfermedad. Los pequeños paseos, que al principio dábamos en el pasillo de su casa, fueron cada vez más cortos y comenzaba a sufrir con las flemas que afectaban a su voz. Empezamos a dejar de lado las canciones en inglés, que tanto nos gustaban, para no forzar innecesariamente su garganta. Fue entonces cuando recordé a mi amigo Guzmán, un veterano *rockero* de los años 60, que todavía estaba en activo. En aquellos años tuvo fama con diversos grupos e incluso representó a España en Eurovisión. Una vez le contraté, junto a su grupo, para conmemorar el 25 aniversario de bodas, y desde entonces nos mantuvimos en contacto. Siempre me pareció un tipo de esos que vale la pena tener a tu lado, y aunque no habíamos tenido un contacto constante, decidí llamarle. Nos reunimos en un bar y le pedí si nos podía escribir una canción sobre la ELA. Guzmán aceptó; solo me pidió que le diéramos información de la enfermedad para componerla.

Justo cuando iba a darle la noticia a Vicky, me llamó Ángela informándome del ingreso de mi amiga en el hospital

esa misma noche. Al día siguiente fui a visitarla a la UCI, pero no pude verla; dormía y sus padres estaban allí con Ángela. Llegué a pensar que quizás la perdería, luego me dije a mí mismo que aquello no podía desvanecerse. No sé, sentía que saldría adelante. Al fin me dejaron entrar al segundo día.

—¡Estás..., estás... aquí! —dijo con una voz un poco distorsionada.

—No me podía perder tu despertar.

—Lo he pasado muy mal y creía que ya había llegado mi hora.

—Menos mal que no ha sido así, porque nos quedan muchas pelis y cosas que hacer...

—Ahora no tengo muchas ganas de hacer nada.

—No te preocupes; cuando te reanimes, te contaré las locuras que vamos a hacer juntos. Te necesito conmigo.

—Pero si estoy hecha un asco.

—¡Qué va, estás tan guapa como siempre; solo un poco apagada! Me ha dicho la médica que mañana estarás mejor y que te pasarán posiblemente a planta.

—Gracias por estar aquí, de verdad.

—Gracias por volver con nosotros.

La pasaron a planta y durante tres semanas le hacía compañía por las mañanas hasta que Ángela aparecía por la tarde y me relevaba. Me encantaba darle de comer cada día, incluso cuando me “regañaba” por no levantarle la cuchara lo suficiente, o le daba con la pajita de la botella del agua en la cara; lo que a veces hacía a propósito para reírnos un rato.

Durante ese tiempo empecé a conocer a la mayoría de sus amigos, en especial sus compañeros de Hacienda, que la

adoraban, y a quienes había vendido nuestro *Oro de París*. Una de sus amigas me preguntó con mucha ironía si pagaba los impuestos del libro. Yo le contesté que no hablaba de cosas económicas en el hospital, siguiendo su aparente broma, y más tarde supe que había sido la mismísima Vicky quien le sugirió a su amiga que me lo preguntara: así era ella.

A la semana de estar en planta, nos pidió su ordenador portátil para entretenerse y seguir trabajando. Decía que se le habían acumulado los expedientes y que debía trabajar un poco cada día. Me parecía increíble, y a la vez edificante, verla con aquella capacidad de superación, de responsabilidad y de lucha. Un día apareció uno de sus jefes y le propuso que pidiera la baja total; ella insistió en que seguiría mientras pudiera.

—Esto me da vida, aunque no lo creas.

—Te aseguro que te entiendo mucho más de lo que piensas. ¿Y estás segura de que te encuentras bien?

—Ya lo verás. Coge aquella libreta y ve escribiendo lo que te diga de cada expediente que hagamos.

—¿Quieres decir que voy a ser cómplice de Hacienda, sacándole el dinero al pobre contribuyente?

—Solo a los defraudadores. Tú no debes asustarte, ¿no?

—¡Yo!, yo no he hecho nada..., te lo juro —dije levantando las manos como si la policía me estuviera interrogando, con el propósito de hacerla sonreír.

—¡Venga, no hagas más el bobo y anota!; expediente número...

Nos pasábamos un buen rato así, hasta la hora de la comida. Yo no entendía nada de lo que me hacía escribir, pero me fascinaba que mencionara cantidad de artículos o

reseñas de memoria de leyes o reglamentos: mostraba una capacidad de retención verdaderamente prodigiosa. Justo cuando le traían su bandeja con la comida, dejábamos la noble misión de perseguir a los defraudadores y comentábamos miles de cosas, incluida la preocupación creciente hacia sus padres.

Me costaba entender cómo era posible que todos los males del mundo parecían cebarse con una persona tan buena como ella. No obstante, jamás se quejó ni echó la culpa a nadie de sus constantes contratiempos. Cada día que pasaba al lado de ella, y veía su actitud, me daban ganas de intentar algo nuevo que le pudiera alegrar la vida.

Contacté de nuevo con Guzmán para poner en marcha la canción que le había pedido nos compusiera. También le solicité y animé para organizar un concierto con los diversos grupos a los que perteneció: Cánovas, Rodrigo, Adolfo y Guzmán, sus famosos y legendarios Solera y Cadillac, así como su actual banda Los Hobbies, con el propósito de recaudar fondos para adELA.

—He hablado con Guzmán y le he convencido para que cuando vuelvas a casa nos haga una visita y le sugieras algunas frases que te gustaría incluir en la canción.

—¿Yo?, pero si nunca he compuesto nada.

—Nadie mejor que tú para expresar lo que es la ELA. Tú le dices lo que sientes y luego él lo utilizará para la canción. ¡Ya verás, es un genio!

—¿Y lo del concierto?

—Eso vendrá después, porque llevará más tiempo y esfuerzo: encontrar teatro, fechas, acordar con los músicos.

Por cierto, aparte de Guzmán y sus muchachos, ya tengo un grupo de jóvenes que me han dicho son muy buenos y que actuarán solidariamente.

—Me parece increíble que puedas organizar y hacer todas estas cosas.

—Querrás decir podamos. Sin tu ayuda no muevo un dedo. He pensado que si fuiste capaz de hablar con Jeremy Irons en su lengua, yo puedo hacer que todo esto sea posible.

—Te pica lo de mi amigo Jeremy, ¿verdad?

—Ja, Ja, un poco sí. Hubiera matado por haber estado allí contigo; pero nada me dio más placer, créeme.

Los días en el hospital se hicieron pesados, pero su recuperación se desarrolló felizmente, y le dieron el alta.

Guzmán solía tocar junto con Los Hobbies en un pequeño local de la calle Comandante Zorita, una vez al mes. Pensé que, aunque mi amigo había acordado visitarla, sería una gran ilusión que Vicky lo pudiera ver y escuchar en directo. Hablé con los camareros y el dueño del local, quienes me confirmaron que solventarían los pocos escalones que unían el desnivel de la calle con la sala de actuaciones levantándola con la silla y llevándola en volandas; después tendría un asiento preferencial. Yo estaba ilusionado en ofrecerle aquel espectáculo; y, por si fuera poco, Guzmán le dedicaría una de sus canciones. Quería darle algo ilusionante, después de lo mal que lo había pasado.

—Te tengo una sorpresa, que espero aceptes.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Ir a ver tocar a Guzmán y su grupo en directo. Llamamos a uno de los taxis que sueles usar, vemos el espectáculo y te traigo a casa de vuelta.

—¿De verdad?

—Está todo organizado.

—¿Para cuándo y a qué hora?

—Próximo sábado a las 11 de la noche

—¿Tan tarde? —preguntó frunciendo el ceño.

—Es cuando suelen tocar, pero yo estaré cuidando de ti.

—No es eso, es que más tarde de las diez y media no me aguanta el cuerpo. Cuánto lo siento.

Me sentí estúpido por mi falta de cuidado, al no haber previsto esa dificultad. A veces me dejo arrastrar por las emociones y olvido si el motivo de mi esfuerzo es válido para los demás. En este caso no caí en las limitaciones de Vicky. Solía dejarla en casa sobre las nueve y media o las diez cuando íbamos al cine o algún otro espectáculo, pero nunca se me ocurrió que no podría salir una noche a esas horas.

—Perdóname, me he dejado llevar por darte una alegría sin reparar en tus limitaciones.

—No te preocupes, te lo agradezco igualmente.

—Pero ¡qué tonto..., qué tonto...! —repetí un tanto enfadado por mi torpeza.

—Déjalo, no podías saberlo; no recuerdo haberte hablado sobre la hora que voy acostarme.

Está bien, si Mahoma no va a la montaña, lograré que la montaña vaya a Mahoma; o algo así.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás; no quiero esta vez adelantarme, hasta estar seguro.

Fui a disfrutar de la música de Guzmán ese sábado y le comenté lo sucedido. Entonces, él mismo sugirió justo lo que yo iba a pedirle: que viniera a casa de Vicky el siguiente

miércoles. Allí le daríamos toda la información para la canción sobre la ELA, tal y como habíamos quedado, y se conocerían.

El oro de París empezó a venderse gracias al esfuerzo de mucha gente de adELA y todo mi círculo de amigos, que a su vez vendieron a sus contactos. Estaba satisfecho con este proyecto de *escritor ocasional*, porque a la gente le pareció gustarle la novela como lectura de entretenimiento, y sin olvidar la causa. Sin embargo, lo que más me alegró fue recibir algunas llamadas de enfermos, a los que Ramón y yo habíamos regalado el libro, y el deseo de que les hiciera una visita en sus casas para tener una charla. De esta manera tan sencilla pude visitarlos y comprobar sus situaciones y las de sus familiares. Nuestros encuentros en sus propios domicilios me empaparon de sus dramas y de sus ganas de querer llevar una vida digna. Yo les hablé de literatura, del voluntariado, de fútbol, de poesía..., según iba descubriendo sus gustos... También observé su curiosidad hacia mí y sobre la novela, que tanto parecía haberles gustado. De todo aquello saqué una nueva idea: crear un blog en internet en el que todo enfermo, familiar, voluntario de adELA que quisiera escribir, lo hiciera con relatos cortos. Podrían realizarlos solos o en colaboración con su círculo de familiares, amigos... y enviarlos a nuestro blog. Solicité ayuda a mi amiga Rosa de Tres Cantos, y con sus dotes de buena escritora, y ganadora de concursos de microrrelatos, creamos **adelamicro.blogspot.com**

El miércoles que Guzmán y yo nos presentamos en casa de Vicky, a las seis, ella ya había averiguado por internet la figura y el historial de mi amigo; nos recibió entusiasmada. Tuvimos una larga y amistosa charla y Guzmán se interesó por

conocer todos los detalles de la enfermedad. Vicky le facilitó algunas frases, pensamientos, sensaciones...

—Me gustaría que la canción comenzara con estas frases: **“El amor es elástico, nos sostiene y mueve el mundo, nos necesitamos todos como el agua de beber...”**.

—Son preciosas, Vicky; no hay ningún problema —dijo Guzmán. Después hizo anotaciones en una pequeña libreta, aclarando que había captado la idea y que en unas semanas estaría lista la canción para revisarla. Estuvimos toda la tarde conversando y después el mismo Guzmán sugirió dar un paseo hasta una terraza del parque de Olvide. Nos contó mil y una anécdotas que hicieron feliz a Vicky y, viendo su cara y su risa, me sentí satisfecho de haber provocado el encuentro.

A los pocos días, Guzmán cumplió su palabra y recibimos la canción vía internet. Nos pasamos analizando aquella bella música durante días, y su letra palabra por palabra. Sabíamos que escribir un himno a una enfermedad podría parecer un contrasentido, pero Guzmán entendió el mensaje que le había dado Vicky: no solo mostrar su realidad, sino también transmitir un mensaje de esperanza.

En este enlace puedes ver un vídeo con la canción, con imágenes relacionadas con este libro. Y también el código qr que te permite el acceso inmediato desde tu móvil, *tablet*...:

<https://bit.ly/2kvn7qs>



Capítulo siete

Rosa, mi amiga de Tres Cantos, me confirmó que la web de los microrrelatos estaba lista. Entonces hice una visita a una decena de los enfermos que ya conocía, y que estaban conectados a Internet. Les presenté el proyecto de enviar los microrrelatos para nuestra recién creada web.

Recuerdo a Gloria, Juanjo, Fernando, Valentina, Pilar... A todos ellos les expliqué mi experiencia personal con *El oro de París* y cómo aquella divertida historia de ficción me había ayudado a pasar momentos delicados de mi vida. Así mismo, mi convencimiento de que la escritura también podría ayudarles a ellos.

Al principio, la mayoría me miraban con caras de incredulidad, alegando sus respectivas incapacidades. Sin embargo, poco a poco fuimos encontrando herramientas, ayudas de personas de sus respectivos círculos y caminos para poder llevarlo a cabo. Todos ellos, ante mi insistencia, y posiblemente mi propio entusiasmo, se comprometieron a intentarlo. Con el tiempo he llegado a la conclusión de que aquel compromiso que adquirieron les produjo una gran ilusión y un sentimiento de sentirse vivos y útiles. Más tarde pude comprobar que para algunos fue una pasión que llegó a cautivarlos.

Entendía las dificultades de algunos para escribir, pero los animé a que se apoyaran en sus voluntarios, amigos o familiares. Les quité el miedo a aquellos que decían que nunca habían escrito, asegurándoles que valorábamos su

fantasía y sus sentimientos, y que éramos conscientes de sus dificultades.

Vicky fue la primera a la que convencí para que escribiera en el recién creado blog. Teclear en el ordenador, con la punta de los dos únicos dedos donde aún le quedaba sensibilidad, le suponía gran esfuerzo y me ofrecí a ayudarla. Llegó a escribir directamente un primer microrrelato. Y más adelante prefirió, ante su dificultad, ir dándole forma en su mente, con su portentosa memoria. Después en mis visitas me los dictaba palabra por palabra, sin olvidarse una simple coma. No dejaba de admirar a aquella mujer.

—Me has dejado de piedra. Ahora entiendo que progreses tanto en inglés, tienes una memoria prodigiosa.

—No me puedo quejar; pero es hasta lógico, la mente es lo que más utilizamos, y la ejercito continuamente.

—Ya, pero..., me resulta increíble. En fin, gracias, te lo paso a la web y mañana lo verás escrito. Me has emocionado que te refirieses a mí en tu cuento.

—Antes de mandarlo, léemelo, por si hay algo que no me gusta.

—Dice así:

Soñando Navidad

Se acababan de conocer y lo que los unía era la ilusión. Él quería que ella aprendiera inglés cantando y ella pretendía desempolvar esa asignatura pendiente.

Como era Navidad, su profesor le regaló un gorro de Mamá Noel de trenzas mágicas. Tanto le gustó el gorro, que olvidó quitárselo a la hora de dormir. Sucedió que, durante sus sueños, la magia de las coletas comenzó a funcionar y le permitió volar como un pájaro. Pasó toda la

noche haciendo lo que más deseaba: repartir regalos entre sus seres queridos. Su fantasía y el gorro la trasladaron a distintos lugares, calles, plazas...; y, a pesar de su inmovilidad, no sintió cansancio alguno después de la ardua tarea.

Al despertar creyó que todo había sido un bonito sueño. De repente el teléfono sonó insistentemente y su amigo Antonio le agradeció el obsequio que encontró en su mesilla de noche.

—¡Jo!, ahora que lo he vuelto a leer, me has vuelto a emocionar. Incluso haces referencia a parte de lo que hemos vivido hasta ahora juntos, como el gorro de Navidad. Ja, ja, qué graciosas estabais.

—Así compenso lo mucho que me has hecho reír desde que nos conocimos. Por otro lado, me ha gustado crearlo y mantenerlo en mi cabeza. Ha sido algo nuevo e ilusionante.

—Eso es lo que pretendo: que ilusione a quien nos escriba cada mes. Veremos cómo reaccionan los demás.

Tan pronto llegué a casa, quise devolverle el microrrelato y me senté a darle la respuesta correspondiente en nuestro blog.

Regalo de Navidad

Se acababan de conocer. Él estaba nervioso por el primer encuentro, pero lleno de ilusión y curiosidad. Ella quería desempolvar aquella asignatura pendiente que era el inglés. Él trató de sorprenderla e inventó un método: aprender la lengua de Shakespeare cantando “Here comes the sun...” de los Beatles. Fueron las primeras palabras nuevas de inglés que ella aprendió entre sorprendida y

temerosa del “chiflado profesor” que acababa de introducirse en su casa.

La semana siguiente era Navidad y le regaló un gorro con coletas de Mamá Noel a su nueva alumna y a su madre, a condición de que cantaran “Silent Night”.

Cuando el peculiar profesor despertó a la mañana siguiente, tuvo una extraña sensación: notaba como si alguien hubiera estado en su dormitorio. Rebuscó por toda la habitación y encontró en la mesilla de noche una cajita roja envuelta con un fino papel de fondo azul con estrellas, rematado con un lazo de seda rojo, que no pudo explicarse. Preguntó a su perro si sabía algo al respecto, pero este negó con el rabo su participación. En su interior había un mensaje que decía...

Fue el regalo más bonito que nunca pudo haber soñado...

Los demás enfermos a los que visité reaccionaron fantásticamente y recibí siete magníficos microrrelatos, que fueron en aumento en los meses sucesivos. Cada vez que volvía a casa después de haber estado con Vicky, me sentía contento; notaba que todo aquello que estábamos haciendo valía la pena, y aquella ilusión de “mis primeros escritores” fue el mejor premio que pudiera haber imaginado. Por otro lado, empezaba a cogerle gusto a los proyectos para adELA; no solo por el deseo de cooperar, sino por mí mismo: tenía la sensación de revivir otra vez y ser el que una vez fui. En pocas palabras, todos los objetivos se cumplían, en forma de ilusión, sonrisas de los enfermos y de sus familiares, e incluso fondos para la Asociación. Sin embargo, no había resuelto aún la pregunta de por qué hacía el voluntariado. Tenía la impresión de que recibía mucho más de lo que daba por las pequeñas

cosas que ideaba y que en realidad, acostumbrado al trabajo que un día tuve, aquello apenas eran pequeños proyectos, que no suponían demasiado esfuerzo para mí.

Tenía en mente algo grande: el musical con Guzmán. De repente me sentí sin fuerzas, apenas podía respirar y me cansaba mucho. Ignoraba lo que me sucedía y me preocupé. No había un motivo para estos recientes síntomas, y llegué a pensar lo injusta que podría ser la vida, en el momento en que parecía remontar. Comprendí muy bien a Vicky y sus circunstancias. Sin embargo, no deseaba por nada del mundo que todos los proyectos que íbamos construyendo acabaran de repente. Durante un tiempo cancelé todo y luché por recuperarme, sin saber lo que me pasaba. En el hospital descubrieron un catarro mal curado, sinusitis y pólipos en la nariz, que al parecer eran los causantes de mi malestar.

Aquel par de días hospitalizado revivieron brevemente al fantasma de la soledad. Por fortuna, mi dos grandes amigos Ángel y Nines ejercieron de voluntarios incondicionales, y su compañía fue valiosísima. Justo después de la operación, pensé en aquel verso compuesto por Vicky que decía: “...*Nos necesitamos todos como el agua de beber...*”, y reflexionaba en los millones de personas que se encuentran solos en sus mundos y también en mi propio e impredecible futuro, aunque esto último no me importaba en exceso.

Por suerte, me recuperé. Lo primero que hice fue llamar a Vicky para reemprender todas nuestras actividades. Me dijo que había rezado mucho por mí, aunque ella sabía de antemano lo que pensaba al respecto.

—Una vez lo hiciste por mí en Venecia, ¿lo recuerdas?

—No recé, simplemente le pedí a la estatua de la Virgen que, si verdaderamente existía, te cuidara. Por otro lado, dejé bien claro que no era creyente. Ya lo sabes.

—Me da igual lo que pienses. Yo sé lo que me digo, mira cómo te has curado sin problema.

—Entonces volveré al hospital y le diré al cirujano que me devuelva el dinero, porque no fue mérito suyo, ¿no?

—Venga, no seas tonto. Te he echado mucho de menos, así como nuestras salidas.

—Yo también, créeme, pero me sentía como un viejo de cien años. ¡Ah, ya tengo lo del concierto arreglado!; será en el Nuevo Alcalá de Madrid a las ocho de la tarde. Todavía no tengo las fechas, pero espero sea pronto. Así podrán ir una docena de enfermos con un familiar gratis. Tu vendrás, ¿no?

—No me lo perdería por nada del mundo.

La web de los micros fue en aumento, y las historias que recibíamos estaban tan llenas de emociones y fantasía que tanto Rosa como yo nos sentíamos fascinados y satisfechos. Las releía cada noche una y otra vez. Conocía a sus autores y sus extraordinarias limitaciones. Juanjo, por ejemplo, escribía letra a letra, a través de un ordenador sintonizado con el iris de sus ojos. Gloria lo hacía igual, ayudada por Rocío, su voluntaria. Fernando usaba un puntero en la boca. De todos ellos empecé a notar que Valentina y Juanjo tenían unas cualidades de escritores nada despreciables, y los animé para que escribieran algo más, aparte de los microrrelatos. A Juanjo lo convencí para que comenzara una novela, al contarme que fue taxista antes de contraer la enfermedad. Valentina realizó un curso de escritura *on line* con Ramón.

Al principio dimos unos cuantos premios mensuales: libros, dulces, etcétera, de poco valor; pero esto me daba la oportunidad de visitarlos y comprobar la gran ilusión que experimentaban de sentirse ganadores y útiles. En honor a la verdad, tanto Rosa como yo intentamos que ninguno de ellos se quedara sin el premio de ganador, porque perseguíamos crear sueños, más que grandes escritores. Para consolidar esa recién descubierta ilusión, y con la colaboración, una vez más de Ramón, decidimos publicar todos los microrrelatos de nuestra web al finalizar el año. A aquella primera publicación le han seguido dos más, que quedarán como testimonios y ejemplo de tenacidad y fantasía de todos aquellos que nos escribieron. De vez en cuando releo algunos de sus relatos, y recuerdo las caras de sus creadores, que un día conocí. Recordaba los esfuerzos, la ilusión y el sentimiento que pusieron para escribirlos, y me sigo emocionando.

Todavía continuamos con la web en adELA; a pesar de que algunos de aquellos escritores pioneros se fueron, tratamos que otros recojan el testigo.

Sucedió que a Vicky le entusiasmaban los relatos de Valentina, y a Valentina le ocurría lo mismo con los de Vicky. No fue difícil que se pusieran en contacto, y entre charla y risas por teléfono, más algún encuentro promovido por la Asociación, llegaron a ser grandes amigas. Tanto es así que les propusimos que escribieran unos cuentos para niños entre 4 a 8 años, con el objetivo de publicarlos. Las dos se ilusionaron con la idea y se pusieron manos a la obra, aunque les avisamos de que no tuvieran prisa, haciendo hincapié en que lo importante era que disfrutaran de sus escritos, en lugar de

tomárselo como un encargo. Valentina, aunque con alguna dificultad, se podía manejar en escribirlos en el ordenador, mientras que Vicky los iba tejiendo lentamente en su memoria hasta terminarlos. A continuación, esperaba el día de nuestro encuentro para dictármelos, como de costumbre.

Su técnica era curiosa; tomaba sus personajes de la vida real, y cercanos a ella, que evidentemente conocía muy bien, los convertía en animales, plantas, héroes..., y más tarde los transformaba en los protagonistas de sus cuentos, dándoles una cualidad que tenía que ver con el carácter de cada uno. Así fue creando, poco a poco, un buen número de cuentos infantiles maravillosos, llenos de imaginación, en los que todos sus seres queridos, amigos... intervenían en forma de ratón, geranio, arbusto o personajes singulares: como su gran amigo Octavio, que la ayudaba diariamente a meterla o sacarla de la cama cuando no estaba la cuidadora. A él le dedicó un cuento titulado “Octavio el astronauta” que reflejó, en mi opinión, muy bien la personalidad de su amigo.

Las semanas fueron pasando. Escribí dos nuevas novelas: *En busca de la felicidad perdida* y *La chica del Registro de la propiedad intelectual*; junto a los microrrelatos de la web de adELA y los cuentos de Valentina y Vicky, acaparaban gran parte de mi tiempo. Tanto Vicky como yo estábamos contentos con todo aquello. Sin embargo, cuando todo giraba en la buena dirección, el monstruo de la enfermedad dio un nuevo zarpazo, y una noche Vicky fue ingresada inconsciente en el hospital.

Al día siguiente me llamaron desde la UCI. Alguien les había dado mi número del móvil, necesitaban algún familiar o persona conocida capaz de tranquilizarla: al parecer se había

despertado muy nerviosa y no podían suministrarle todavía ningún tranquilizante. Llamé un taxi y me presenté en el hospital. Estaba tumbada en la cama con medio cuerpo ligeramente erguido y mostraba un rostro pálido y con los labios secos. Me alarmó su estado alterado y nervioso. Me vio acercarme y me miró fijamente: no era la mirada avispada de siempre, sino la de alguien que está intentando reconocerte. Pronunció unas palabras, que me resultaron incomprensibles.

Le sostuve las dos manos y comencé a darle ligeros masajes, como los que solía practicar cuando estábamos juntos, y que había aprendido en las clases de estiramiento y yoga en la Asociación. Al cabo de un rato, pareció reaccionar al contacto de mis manos y noté su mirada más normalizada. No se me ocurrió otra cosa que guiñarle un ojo, y un músculo de su rostro se movió en forma de una ligerísima sonrisa. Le acaricié la cara repetidas veces. Poco a poco comenzó a serenarse y cambiar de expresión. Se me acercó la enfermera y me indicó que siguiera así, y que podía quedarme todo el tiempo necesario, porque en ese momento yo era el tranquilizante más natural. No recuerdo el tiempo que estuve allí, hasta que finalmente balbuceó:

—Tony. Me, me... quería ir ya; pero... el cuento..., el cuento —repetió varias veces sin yo entender qué me decía.

—Pero ¡cacho guarra!, ¿te ibas a ir sin despedirte de mí, ahora que tenemos tantos frentes abiertos? —exclamé lo primero que me vino a la cabeza. Entonces sí le arranqué parte de su habitual sonrisa con mi verborrea barata. Llegó la enfermera y se alegró al comprobar que había vuelto casi a la normalidad y estaba tranquila. Ahora ella debía descansar y yo podría volver dentro de unas horas, en las horas de visita.

—Me tengo que ir, preciosa, estaré de vuelta en un rato cuando hayas descansado, te lo prometo.

Me volvió a mirar, como pidiendo que no le fallara. Me fui a pasear y tomar un bocado. No podía quitarme de la cabeza su mirada y la expresión de su cara cuando despertó. Me tranquilizó que, al abandonar la UCI, la médica me dijera que la iban estabilizando y que pronto estaría bien: la habían cogido justo a tiempo. Me preguntaba qué había querido decir con lo del cuento, supuse que algo que habría soñado. Volví a la hora de visita, estaban allí su madre y la cuidadora y no dejaban pasar a nadie más. Hablé un minuto con la médica y le pedí que, si sufría otra crisis, no dudaran en llamarme.

El día siguiente era domingo y apenas había gente en la sala de espera de la UCI. Cuando me dejaron pasar, la encontré incorporada en su cama. El color de su cara había recobrado su tono normal rosado, tenía buen aspecto. Pronto la pasarían a planta para terminar su recuperación.

—Vaya, qué buen aspecto tienes —le dije sonriendo mientras le daba un beso en una de sus mejillas.

—Lo he pasado muy mal. Creí que había llegado mi hora, pero estaba tranquila.

—Cuando te vi ayer, al despertar estabas muy nerviosa.

—Ignoro la razón, quizás fue algún medicamento.

—¿Te acuerdas de cuando llegué?

—Al principio no, luego sentí tus manos en la cara y me guiñaste un ojo, ¿no?

—Sí, lo hice para que me reconocieras, ¿quién otro hubiera hecho algo así en esos momentos?

—La enfermera preguntó quién era esa persona que vino para tranquilizarme.

—¿Qué le dijiste?

—Que eras un loco que andas suelto por casa. Ja, ja.

—¿Qué era aquello que me balbuceabas de un cuento?

—No recuerdo muy bien, supongo que se trataba del último cuento que tenía pendiente.

—No había prisa.

—No, no era eso. Cuando me sentí tan mal, se me ocurrió que, en lugar de pensar en la muerte, era mejor que me concentrara en el cuento que me queda por entregarte, por si salía de esta.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo. Además, va sobre ti; eres el último de mis personajes.

—¿Y qué soy una rana, un perro..., un manzano?

—Eres un saltamontes.

—¿Un saltamontes? Me gusta, aunque no estoy muy ágil como para ir saltando por ahí. ¿Me lo vas a contar?

—Me falta un poco y estoy en ello, así me entretengo. Cuando me lleven a sala, te lo dictaré.

—¡Mira que pensar en saltamontes en esos momentos!

—Mejor que pensar en la muerte, ¿no?

—No sé, pero se me hace raro. ¿Tuviste miedo?

—No por mí; sí por mi madre, que se quedaría sola, y con mi padre en la residencia. Quizá ese pensamiento es lo que me hizo ponerme tan nerviosa.

—¡Es normal! Bueno, concéntrate en lo positivo ahora. Vendré a verte todos los días y haré guardias con Ángela y tu tío, como la otra vez. ¿Sabes una cosa?... ya he encontrado la razón que buscaba de ser voluntario.

—¿Y se puede saber, desde cuándo lo sabes, y por qué?

—Lo sé desde anoche cuando me llamaron para que te tranquilizaras y me dieron la oportunidad de hacerte volver a la normalidad y relajarte; conmigo te calmaste y en ese instante me sentí útil.

—¡Ya lo eras!

—No era lo mismo que llevarte al cine, era algo muy especial sentirme a tu lado mientras tú estabas tan nerviosa. Por cierto, ¿quién les dio mi teléfono?

—Quizás Ángela. No puede estar en los dos frentes a la vez, con mi madre en su estado y conmigo.

—¡Mira, ahí viene Octavio, te dejo con él! Vendré cuando estés en planta y hablo con Ángela para coordinar.

—Me parece bien.

—Entonces hasta pronto. ¡Ah, y a ver qué pones en el cuento, porque eso de ser un saltamontes no me encaja!

—Ya lo sabrás a su tiempo.

Cada vez que Vicky ingresaba en el hospital, significaba tres semanas aproximadas de convalecencia. Como la vez anterior, me cogí el turno de por las mañanas, aunque dispuesto a cambiarlo ocasionalmente, según se necesitara; sus muchísimos amigos venían a verla y entretenerla. Ella, ya involucrada en el papel que le otorgué como directora comercial de *El Oro de París*, no había nadie que la visitara sin que saliera con la novela bajo el brazo. Tuve que hacer hasta cinco ediciones para tanta demanda, y todos estábamos encantados de poder contribuir a ayudar a adELA.

Mientras se recuperaba, puse en marcha la operación del concierto de música: ajusté gastos, entradas, coordinación con los músicos... El teatro Nuevo Alcalá de Madrid, además

de darnos un precio especial por el motivo que le expusimos en beneficio de enfermos de ELA, nos adjudicó un día para el concierto. Los músicos aceptaron las fechas y la maquinaria del esperado concierto se puso en marcha. Jamás había pensado meterme en un acontecimiento como aquel, por mi desconocimiento de este mundillo. Sin embargo, confiaba mucho en Guzmán, que en realidad fue el que llevó todo el peso de la parte técnica, sonido... No hicimos demasiado ruido de publicidad, pero Guzmán arrastraba a un gran número de seguidores.

El día del espectáculo me sentía como un flan: las butacas de patio estaban prácticamente agotadas y aquello de ser el responsable de un acto con cientos de personas me produjo una inquietud galopante a medida que se acercaba la hora del inicio.

Se pudo invitar y transportar en taxis a una docena de enfermos en sus sillas y acompañantes, que se situaron en la última fila, por razones de seguridad. Cuando llegó Vicky con Ángela, las acompañé hasta su lugar designado; la visión desde allí era perfecta. Después saludé a varios de los enfermos y acompañantes. A algunos de ellos los conocía, otros me los presentaron; pero en cualquier caso me sentía satisfecho de haber propulsado aquel acontecimiento.

—¿Cómo estás? —me preguntó Vicky.

—Estoy, por decirlo de manera vulgar, *cagadito* de miedo. ¿Te imaginas si algo sale mal?

—¿Por qué va a salir algo mal?

—No lo sé, yo no sé nada de sonido, luces..., y esta mañana teníamos un problema gordo. Espero que el técnico lo haya arreglado.

—Seguro que todo irá bien. ¿Se lo has pedido a Snoopy?

—Snoopy es solo para darle las gracias, ¿recuerdas?, ¿y tú cómo estás?

—Un poco revuelta con lo del taxi, pero ansiosa de ver cómo sale todo; me siento emocionada. ¿Nos vemos al final?

—Vale, ahora tengo que dejarte, he visto a Guzmán que me hace señas; seguro que hay algo que no va...

—¡Que sí, hombre! Ya verás que todo sale bien. Se lo he pedido a..., bueno, a quien ya sabes.

—¡Ah!, entonces me quedo más tranquilo —dije con una sonrisa irónica mezclada de terror.

Por suerte, Guzmán tan solo deseaba unas botellitas de agua para los músicos, lo cual me relajo: eso si era capaz de solucionarlo en el bar del teatro. Aproveché para recordarle que él sería el presentador que abriría el acto, y que debía mencionar la finalidad del mismo para adELA. Por otro lado, era imprescindible que cantara la canción compuesta para la Asociación, sin olvidarse de mencionar a Vicky, como autora de parte de la letra. Guzmán me aseguró que todo estaba bajo control y que, precisamente, el colofón del concierto sería la canción sobre la ELA, y eso me dio una cierta calma.

Me senté en una de las primeras filas reservadas, junto a mi amiga Nines, y me agarré al brazo del asiento, como cuando se despega de un avión poco fiable. Guzmán apareció en el escenario con su desparpajo y tablas acostumbradas. Mencionó a la Asociación, el porqué de aquel concierto solidario y al final tuvo unas palabras para Vicky como colaboradora con él de una canción sobre la ELA: me sentí contento y ansioso de que empezaran a tocar. Por la mañana habíamos tenido un problema importante con el sonido y no

me podía imaginar que algo no funcionase. Guzmán dio paso al grupo Japanese Birdwatches, cuya música no había escuchado en mi vida. Sin embargo, los primeros compases sonaron tan bien y su música era tan armoniosa que mi corazón bajó a un tercio de sus pulsaciones. Después actuaron Guzmán y sus diversas bandas. Algunas de las canciones eran míticas de los años setenta y sus seguidores comenzaron a acompañarlas. Al final todos los músicos, que sobrepasaban la quincena, formaron un semicírculo. Guzmán explicó el origen de la canción inédita que había compuesto con Vicky sobre la ELA, y que se estrenaba en ese momento. Aquel fue uno de los instantes más bonitos y emocionantes que recuerdo en mi vida. Todo había salido a la perfección y la canción sobre la ELA sonó majestuosa. El teatro estalló en aplausos y me sentí gozoso.

Me entretuve con algunos conocidos comentando el concierto. Aquello supuso que a mi salida a la calle, en busca de Vicky, ya se la hubieran llevado en uno de los taxis contratados. Sentí un poco de frustración por no verla, pero estaba seguro de que hablaríamos largo y tendido más tarde o al día siguiente. La noche se alargó tomando unas copas con algunos de los músicos, agradeciéndoles su solidaridad, por su entrega y profesionalidad en el evento. Cuando llegué a casa, me di cuenta de que todavía tenía el teléfono apagado, y al encenderlo vi un montón de *whatsApp* y llamadas, algunas de Vicky a diferentes horas, y un mensaje de audio de ella. Eran casi las dos de la mañana, daba con Kino un corto paseo en un descampado cercano a casa, no tenía sueño y pensaba en la tarde tan emotiva que acababa de vivir. Pulsé en mi móvil el audio de Vicky y escuché su voz. Al principio

me pareció extraña, se trataba de una voz emocionada. Hablaba un poco a trompicones y entrecortada, lo que parecían sollozos. Me daba las gracias por el concierto, la canción sobre la ELA y lo bien que lo pasó. Y terminó con una frase que me dejó helado: “Ha sido la tarde más feliz de mi vida”, y colgó. Aquel mensaje y sus últimas palabras me produjeron una sensación interior profunda, inesperada. Suponía que el evento le habría gustado, aunque no podía imaginarme que le causara tal sentimiento de satisfacción y emoción. Me sentía feliz por ella y por haber puesto un granito de arena más para la Asociación. Ahora, como hacen en las fallas de Valencia en la mañana siguiente de la *Cremá*, tocaba comenzar a pensar en una nueva locura ilusionante.

Continué paseando y asimilando las emociones de la llamada. La noche era fresca y el cielo estrellado. La poca luminosidad del lugar ayudaba a encontrar fácilmente algunas de las constelaciones que podía reconocer a simple vista. Busqué, como en otras ocasiones, el carro de la Osa Mayor y la Estrella Polar. Tracé con mi mente las diagonales entre los ángulos que forman el carro de dicha constelación y me concentré en su punto medio. Entonces envié un mensaje de agradecimiento a Snoopy, por haber movido, una vez más, esos hilos que hacían que me vida empezara a tener sentido y mi angustia se fuera disolviendo. Después me fui a dormir relajado, con una gran sensación de calma y ligereza, como si todas mis preocupaciones de los días previos se hubieran desvanecido. Antes de ir a la cama, le mandé un mensaje de audio a Vicky, disculpándome por no haberla encontrado a la salida del teatro y transmitiéndole mi gran alegría de que aquella tarde fuera tan especial para los dos. Y terminé así:

“Este mensaje ya no lo oirás esta noche, lógicamente. Yo todavía no puedo dormir de la emoción, pero recuerda que todo lo que hacemos es obra de todos. Tus versos en la canción con la música en directo me han parecido bellísimos. Espero que duermas feliz. Un beso. Te llamo mañana”.

A pesar del cansancio y la hora de madrugada, me fue imposible conciliar el sueño. Reflexionaba sobre los altibajos que tiene la vida; un día puede ser el mejor de tu existencia, y al siguiente uno de los peores, o viceversa. Las pequeñas alegrías que podía darle me parecían como breves momentos de respiro en su vida, ante la tragedia de su enfermedad y su situación familiar. Unos pocos días más tarde del concierto, su padre, que llevaba un tiempo en una residencia por una demencia senil o Alzheimer, falleció y dejó a Vicky hundida, en un estado de tremendo dolor. Recuerdo la tarde del velatorio, en la residencia donde su padre falleció; su rostro reflejaba una gran pena, pero mantenía la compostura, agradeciendo sus muestras de cariño a los muchos amigos que fueron a darle el pésame. De vez en cuando miraba a través de la cristalera de la sala donde yacía el cuerpo inmóvil de su padre, y se quedaba absorta por unos segundos, hasta que alguien se le acercaba para realizar el mismo ritual de las condolencias. La observaba desde una cierta distancia y desde un punto que no podía verme. Esperé, paciente, hasta que todos se hubieran acercado. Elegí el momento justo en que estaba sola, y me acerqué a ella por la espalda. Le acaricié la cabeza y me asomé por su lado derecho, rozando su pelo, mientras le susurraba, de corazón, lo mucho que lo sentía. De pronto, su cara cambió de tristeza a sorpresa. Noté que se alegraba al verme y exclamó:

—Gracias por venir, mi amigo fiel.

De nuevo mis ojos se empañaron al oír esas palabras, a pesar de mi esfuerzo en intentar mantenerme sereno. Al poco vinieron unas señoras y me alejé. Yo era conocedor del amor y la complicidad de Vicky con su padre, del que me había contado muchos de los momentos felices con él, y otros no tantos en su último año, por la pérdida de memoria. Le dolía enormemente que no hubiera vivido en su casa los últimos meses, era imposible cuidarlo en su situación.

Me despedí de ella al cabo de una hora y quedamos en hablarnos. No habría entierro en Madrid, sino que al día siguiente lo trasladarían al pueblo de su nacimiento en la provincia de Toledo.

Capítulo ocho

Habían transcurrido unos pocos días desde el entierro cuando recibí la llamada de Vicky. Me preguntó si podíamos reanudar nuestros encuentros.

—Claro, lo estaba deseando, no quería molestarte y esperaba hasta que estuvieras mejor.

—Ya sabes que nunca me molestas, y necesito seguir con la vida y ocuparme ahora mucho más de mi madre.

—De acuerdo: a las seis en tu casa. Tengo que enseñarte algo que espero te guste.

—¿Qué es?

—Ya lo verás, es una sorpresa.

A esas alturas de año y medio desde nuestro primer encuentro, no me extrañaba nada su fuerza de voluntad y el deseo de estar fuerte y centrada para ayudar a los demás: en este caso a su propia madre, a pesar de la pena que arrastrase en su interior. La sorpresa consistía en unas ilustraciones que acompañarían a los cuentos infantiles de Vicky y Valentina. Ramón y yo habíamos considerado incluir unos dibujos, diseñados por Eduardo, un amigo solidario

—Pero... ¿los vais a publicar?

—Por supuesto. ¿Alguna vez no hemos cumplido lo que te hayamos prometido?

—No, pero lo tendré en cuenta para el futuro, ja, ja...

—Anda, prepárate que nos vamos al cine y llegamos un poco justos. No quiero estar haciendo el número de los pobrecitos inválidos cada vez que se nos hace tarde.

—Por mí que no quede, ya lo sabes.

—Ya lo sé que no es por ti, sino por mí.

Nuestras vidas siguieron avanzando con la “normalidad” que se esperaba, pero su cuerpo iba debilitándose poco a poco y perdiendo facultades: las flemas comenzaban a ser un incordio. Investigamos sobre la alimentación más favorable y evitar los alimentos inapropiados. Un día, por fin, coincidí con su fisio, un joven gallego muy simpático contratado por adELA para dar este servicio a nuestros enfermos. Ella esperaba con ansiedad que llegara ese día. Los movimientos, masajes y ejercicios que realizaba la relajaban muchísimo. Me quedé preocupado por la poca movilidad que ya tenía en sus piernas. Sin embargo, se esforzaba en realizar todos los ejercicios, sin quejarse. En mitad de uno de ellos, dijo que no podía levantar más la pierna como antes, exclamó:

—¡Ves, Tony, por qué me gusta que venga José a darme los masajes cada semana!

—Sí, ya veo, te alivian, ¿verdad?

—Ja, ja..., no tienes ni idea. Quiero que venga porque es el único chico joven que me toca las piernas de forma consentida.

—¡Ah!, ya, ¿entonces es por eso por lo que me llamas?

—dijo el joven fisio, conocedor del humor de Vicky.

—Evidentemente, ja, ja...

Una vez más, y ya iban muchas las veces que observé este tipo de reacciones ante la debilitación de alguna parte de su cuerpo, Vicky sacaba su mejor humor e ironía como arma de defensa ante sus adversidades. Siempre me decía que cada vez que notaba que algo ya no funcionaba de igual

manera, solo tenía que bajarse al nivel de aceptación de la enfermedad y adaptarse para sentirse lo más cómoda posible.

El verano se aproximaba y Sergio, mi amigo italiano, me había invitado a pasar una semana en Sicilia, en un pequeño apartamento que poseía en un lugar llamado Milazzo, con una gran terraza que daba al Mediterráneo.

—Solo es una semana. Volveré pronto y te traeré un recuerdo de Stromboli, porque Sergio vive justo frente a las islas Eólicas, donde están los volcanes, y me ha prometido visitarlas. Me hace mucha ilusión darme un viajecito.

—Haces muy bien, pero ten cuidado con las sicilianas; me han dicho que son muy fogosas.

—¡Quién sabe!, iré con los ojos bien abiertos, por si acaso, ja, ja...

Aquella semana la recuerdo como un tiempo en que cambió, en parte, mi estado de ánimo personal. De nuevo apareció aquella ansiada invitación, y sentí como si algo bueno me esperaba en tierras sicilianas. En realidad, no tuve más aventura que la cantidad de excursiones que hicimos, el pescado fresco que comimos, los ejercicios de taichí que me hacía realizar Sergio cada mañana antes del desayuno; sin que ni siquiera tuviera yo conciencia de para qué valían aquellos lentos movimientos. Me encantaba cada noche, después de cenar, sentarnos en su gran terraza con las piernas extendidas sobre la barandilla que daba al mar, con un vaso de *limoncello* frío siciliano que rellenábamos unas cuantas veces. Hasta entrada la madrugada charlábamos de lo divino y de lo humano. Me explicó que el taichí, la meditación, la lectura, los retiros budistas que hacía de vez en cuando..., le habían

cambiado la vida para estar en paz con todos, y en especial consigo mismo. Al menos así lo interpreté, gracias al italiano que había estado aprendiendo todo el año en el Instituto. Ya fuera por nuestras charlas, o el ver que todo el mundo en Milazzo le paraba y le sonreía, o quizás la magia de Sicilia, sucedió que tras aquellos días mi angustia había desaparecido por completo y me preguntaba si eso significaba que había pasado, finalmente, mi duelo.

Fue una alegría inmensa reencontrarme con Vicky e intercambiar con ella mis sensaciones. Ella se reía y me decía:

—O sea, ¿que estás buscando novia?

—No, nada de eso; aunque, si pasara, ahora tendría una reacción diferente a la de hace meses, que casi nada me importaba.

—Si yo estuviera bien, me iría contigo, ja, ja.

—Si tu estuvieras bien, con tu metro ochenta y cinco, tan joven y guapa, no me habrías siquiera mirado. Sé realista.

—No entiendes a las mujeres.

—Entiendo a algunas, a otras nada.

—¿Y qué vas hacer, ahora que eres un hombre nuevo?
—dijo con cierta ironía, intentando conocer mis proyectos.

—Lo de siempre: estar con adELA, el italiano para volver a ver a Sergio y su familia, sacar a Kino, ir a Nerja alguna vez, lo que aparezca. Y, sobre todo, nuestros encuentros...

—Entonces ¿qué es lo que has aprendido de nuevo?

—Más que aprender, he descubierto que lo principal es estar bien con uno mismo, como dice Sergio, y no esperar que alguien te salve. Si eso se consigue, entonces todo va mejor.

—Pero tú y yo nos hemos ayudado, según hemos comentado muchas veces.

—Claro, nos necesitamos los unos a los otros como el agua de beber, tal y como decía tu canción, ¿recuerdas?

—¿Entonces?

Para empezar, tú ya tenías hecho tu proceso cuando te conocí, y sabías y sabes cómo estar en la vida, a pesar de tu enfermedad; lo cual tiene un gran mérito. Eres un ejemplo para mí, de verdad. Yo no tenía una enfermedad en el cuerpo, sino en mi interior, y he estado perdido dos años hasta hace pocos días. Y ahora presiento que mi ánimo ha mejorado, y todo es posible.

—Lo que yo digo, te vas a echar novia.

—¡Que no!, que ya soy muy mayor para esas cosas, ¿no lo ves?

—Yo lo que veo es que si te empeñas, lo consigues. Ya te digo.

—Esto no funciona así. ¿Recuerdas el *yu yu* que me dio cuando quise acabar con mi duelo?

—Sí, es verdad que no eres el mismo, anímicamente hablando.

—Lo que quiero decir es que una cosa es estar sin ataduras sentimentales y tranquilo y encontrarte con alguien, casualmente, que te puede acompañar en la vida; y otra, muy distinta, es estar obsesionado en buscar desesperadamente a una persona para que te saque de tu pozo de soledad, de tristeza, falta de amor de pareja etc. Esto último no funciona.

—¡Habrà de todo!

—Seguro, supongo que no hay reglas absolutas. En fin, que estoy muy contento y te voy a llevar a ver a un humorista al teatro el domingo, salvo que tengas algo mejor que hacer.

—Tú sabes que no, ¿qué humorista?

—Sorpresa, te gustará...

Como compensación de mis ausencias, establecimos nuestros encuentros en dos días a la semana: miércoles y domingos. Observaba que poco a poco iba debilitándose y pensé que era más importante dedicarle más tiempo. Tuve que dejar el taller de yoga, aunque eché de menos a los demás enfermos de los martes. Para ser sincero, también noté que adELA y las diversas actividades me absorbían cada vez más y no deseaba quemarme. Yo empezaba a tener otros proyectos, los cuales ya no llevaba a cabo para cubrir las horas y los días con el fin de tapar mi propio dolor, sino por puro placer y satisfacción. Me ilusionaban las clases de italiano y empecé a practicar algo de deporte en la fastidiosa piscina del Ayuntamiento, a la que consideraba aburrida, pero muy beneficiosa para equilibrar mi cuerpo y mente. También continué con nuevas novelas, así como con los microrrelatos de nuestra web, con el fin de animar a otros a que escribieran. Algunos de los manuscritos se convirtieron más adelante en novelas publicadas, otras las dejé en la memoria de mi ordenador. Aunque nos llevó algún tiempo, finalmente pudimos publicar una selección de cuentos de Valentina y Vicky, ilustrados con los dibujos de mi amigo Eduardo.

Cuando los tuvimos listos, intentamos presentárselos a nuestras queridas escritoras de manera original. A Valentina la llevamos engañada a una feria del libro en un pueblo de la sierra de Madrid, con la excusa de que pasara una mañana con nosotros y visitara los expositores de libros. Recuerdo que la acompañábamos entre Rosa y yo, sujetándola para que no tropezase. En realidad la fuimos guiando, sin que ella percibiera nuestra intención, hasta un lugar de la feria donde

había una mesa cubierta con un mantel azul, un rótulo con su nombre y un montón de libros, preparado todo por Ramón. Nos detuvimos delante de la mesa y dejamos que ella fuera adivinando lo que ocurría. Fue un momento de esos que uno retiene en la memoria durante años, al ver la expresión de su cara. Valentina tomó uno de los ejemplares y se quedó, por un instante, sin palabras al ver el título del librito:

La Gallipata. El pequeño glotón de libros y otros cuentos para soñar.

Reconoció sus propios cuentos y los de su amiga Vicky.

Le solicitamos que nos dedicara algunos y permaneció con nosotros toda la mañana, sentada detrás de la mesa y firmando.

En cuanto a Vicky, acordé con Ramón que viniera a visitarnos a su casa, un miércoles a las seis, con la excusa de que pasaba por allí.

Igual que le sucedió a Valentina, le pasó a Vicky cuando le pusimos delante el librito de cuentos con las divertidas ilustraciones. Sus ojos se empañaron de lágrimas y tuve que limpiárselas con un pañuelo. Es difícil describir con palabras, lo que sentimos Ramón y yo en aquel instante al verla sentada en su silla, inmóvil y sollozando de emoción. Gracias a un pequeño esfuerzo habíamos contribuido a llevar ilusión a dos personas maravillosas: les habíamos tocado el alma.

Una vez más llegó el otoño y proseguimos con nuestros encuentros repletos de charlas interminables sobre cualquier tema: de religión, política, películas, libros... Era un placer

dialogar con ella en el parque del Canal o de la Plaza Olavide. Tomábamos un refresco y en ocasiones nos acompañaba Octavio. Los temas de la Iglesia eran nuestros preferidos, ya que tanto Octavio como Vicky parecían dos evangelistas tratando de convencerme sobre las creencias católicas, pero siempre con respeto. Me recordaba a las charlas de adolescentes. Yo, con cierta sorna, les repetía que aquella etapa ya la había vivido antes de que ellos dos nacieran, y ya me había hecho todas las preguntas posibles. Al final de nuestros largos razonamientos, solía aclarar que personalmente no me importaban las creencias de los demás, siempre que se respetasen las de los otros, y que lo importante no era lo que se creyese, sino el comportamiento que cada uno tiene en la vida. Después terminaba diciendo que ellos dos eran un ejemplo vivo de mi argumento.

—Además, Snoopy no es de este mundo.

—¿Snoopy...?, ¿quién es ese? —preguntó Octavio el primer día que le hablé de él.

—No entres en ese tema, Octavio, si no quieres terminar en el mundo de la Osa Mayor. —Y nos reíamos.

En realidad nuestras conversaciones, sobre temas que pudieran ser importantes para algunos, a nosotros nos servían para conocernos mejor; aunque sabiendo de antemano que tener la razón no era lo primordial. También salió el tema de las parejas, pero en ese asunto ninguno de los tres teníamos mucho que aportar: dos solteros y un viudo no parecían ser los mejores ejemplos.

La situación de Vicky empeoraba, observaba cómo se iba encontrando un poco más débil y me preocupaba que

empezara a carraspear y a costarle hablar. No me equivoqué demasiado en mi pronóstico y unas semanas más tarde tuvo su tercera recaída desde que la conocí, terminando en la UCI del hospital habitual. Volvimos a las guardias y, como había ocurrido otras veces, la fueron estabilizando. De nuevo recibió muchas visitas, y en esa ocasión me presentó a un gran número de nuevos amigos a quienes vendimos los cuentos. Se sorprendían de la capacidad narrativa y tenacidad de Vicky y Valentina, a pesar de sus limitaciones.

Poco antes de que le dieran el alta, un día me llamó Antonella, una voluntaria de la Asociación. Me puso al corriente de estar organizando un espectáculo con diversas disciplinas orientales de danza, taichí, tambores japoneses... Me fue a buscar al hospital y cenamos juntos. Allí me dio detalles de su proyecto y me dijo que dos amigas que se habían ofrecido a presentar la actuación debieron cancelar su compromiso por diversas razones. No tuvo que esperar a los postres para que yo aceptara su propuesta y ser el presentador, aunque nunca había hecho nada parecido. La función sería para los enfermos de adELA, sus familiares, amigos...; aquello fue suficiente razón para afrontar un nuevo reto en mi vida. Recordé la experiencia de la conferencia del Instituto francés, y un par de ellas similares que realizamos en Toledo y Tres Cantos, y confié que podría llevarlo a cabo.

El día del estreno, y única función, Vicky, ya recuperada de su crisis, estaba en su silla de ruedas en la primera fila del teatro, junto a Valentina, Justina... El pequeño teatro, cedido solidariamente por la ONCE, con unos doscientos asientos, parecía reventar. Me sentí un poco nervioso al ver a tanta

gente, sobre todo porque al realizar el ensayo general frente al resto de mis desconocidos compañeros, no tenía nada preparado. Yo les argumentaba que improvisaría, y noté sus caras de terror al ver mi indecisión sobre el escenario. Observé que todas eran jóvenes mujeres que me miraban como pensando: “¿Y este es el presentador?”. Una de ellas, que al parecer tenía muchas tablas, me dio unas ligeras ideas de cómo llevar a cabo la presentación. Se lo agradecí. Sin embargo, cuando se abrió el telón y me presenté vestido de japonés extravagante, ataviado con prendas que mis compañeras me habían prestado, me quedé paralizado: creo que me entró lo del miedo escénico. Entonces sucedió algo mágico. Vicky, tan solo unos metros del escenario, me sonrió, y un *click* pareció sonar dentro de mí. A los pocos segundos desde mi aparición, todo el mecanismo de mi cuerpo comenzó a ponerse en marcha y perdí toda timidez. Hablé y hablé e hice la presentación que se esperaba. En la segunda intervención, me acerqué al público y jugué un poco con ellos provocándoles la risa. Incluso le pregunté a Vicky, al igual que al resto de enfermos con el micrófono en mano, si no le parecía que el presentador era el más apuesto del mundo... Me sentía tan a gusto que empecé a disfrutar del escenario ante tantas personas.

Terminó el excelente y variado espectáculo, donde cada participante puso el alma en sus respectivas actuaciones. Bajé a despedirme de los entusiasmados enfermos, con quienes echamos unas risas, aludiendo a mi cara dura y no tanto a mis habilidades como presentador ocasional.

Una vez más retornaron los hilos que me habían ido guiando desde la muerte de mi mujer; pero esta vez me iban

a poner en un camino inesperado, que no podría imaginarme: conocí a Almudena, con la que llevo cuatro años felizmente casado. Su actuación consistió en un número de taichí con espada y abanico. Algunos de los elásticos movimientos que hizo me recordaron a los ejercicios que ejecuté aquel mismo verano con Sergio en su terraza de Milazzo y me pregunté, de nuevo, el porqué de las “casualidades”. Nunca antes había oído o visto aquella práctica, y sin embargo en pocos meses habían aparecido en mi vida, llamándome la atención dos veces. Tuve una extraña sensación agradable, y al finalizar la obra me prometí que intentaría ponerme en contacto con ella. Lo que pasó después daría para una novela, el caso es que a las pocas semanas éramos, como antes se solía decir, novios comprometidos.

Recuerdo muy bien la tarde que se lo conté a Vicky. Su cara, en un principio, fue de una sorpresa mayúscula.

—¡Queeé, que te has echado novia!, pero si eso ya no se estila —dijo con mucha sorna.

—Yo soy de la vieja escuela y ya no tengo edad para tontear: o todo o nada.

—Entonces, ¿ya no vendrás a verme?

—¡Cómo! ¿Por qué dices eso?

—Necesitarás tiempo para estar con ella.

—Lo puedo compaginar, no te preocupes. Además, ¿no recuerdas que te prometí que estaría siempre contigo?

—Sí, pero las situaciones cambian, igual que tú has cambiado para bien.

—En mi familia nuestra palabra siempre ha tenido el valor de un cheque conformado por un banco. Cuando la

conozcas, estoy seguro de que te va a gustar. Ya sabes que tengo buen ojo para las chicas.

—Me alegro mucho por ti, tráemela a casa el próximo día y ya te diré yo si te conviene o no.

—¡Por supuesto, mi sargento, no me atrevería a seguir adelante con esta relación sin su aprobación! —dije con cierta ironía—. Ahora en serio, te va a encantar, y estoy convencido de que te he buscado una nueva gran amiga. Ya lo verás.

—Pero ¿la quieres?

—Tengo ese hormiguillo ilusionante de dos personas que se gustan, que se echan de menos cada día. Por si fuera poco, somos extrovertidos y con un gran sentido del humor, y coincidimos en la manera de estar en la vida; es un poco más joven que yo: así que perfecto. ¿No crees?

—Ya te lo diré, que tú eres muy ingenuo.

—¡Anda, pues no tenía ni idea de eso!

El miércoles siguiente me presenté en su casa con Almudena. Vicky estaba en su pequeña salita. Se observaron durante unos segundos. Yo no tenía ningún miedo de que no se cayeran bien, porque conocía el carácter de ambas. Vicky le ofreció tomar asiento, la silla se encontraba en un lugar complicado, así que ella optó por arrastrarse bajo la mesa del ordenador hasta alcanzarla y ponerse al lado de Vicky. Solo con aquel detalle, tan fuera de lo normal, Almudena se la había ganado. No recuerdo ya de lo que hablaron, no hubo un solo momento de tensión o de incómodo silencio. Sí recuerdo que, al despedirnos, Vicky me guiñó un ojo como aprobación.

Más tarde, para su sorpresa, encontró en Facebook que ambas habían nacido el mismo día: el 11 de abril; todo parecía encajar en una nueva “casualidad”.

Una de las soluciones que encontré para compartir el tiempo con ambas fue la de pedir a Almudena que nos acompañara algunos domingos; al cine, de paseo, etc. Tal y como preveía, no tardaron en hacerse grandes amigas. Diría más, terminaron siendo unas confabuladoras contra mí, aludiendo al viejo dicho femenino de que las chicas se comprenden mejor. Así nuestros anteriores paseos, por las calles cercanas al domicilio de Vicky, ya no consistieron solo con disfrutar de empujar la silla, ver pasar las casas, los árboles, las personas..., con algún alto esporádico, sino que se convirtieron en una especie de Vía Crucis, con parada en todas las estaciones de “sufrimiento”: tiendas de bolsos, fulares, zapatos, vestidos, gafas de sol... En cualquier caso, me sentía contento al verlas llevarse tan bien entre ellas y que se rieran de mí cuando hablaban de lo que yo consideraba banalidades. A las dos les gustaban las películas románticas o de relaciones humanas. Así que, el día que coincidíamos los tres, no me importaba ser relegado al papel de chófer de silla.

Las Navidades se echaron encima y recuerdo una fecha en particular. Había llegado a casa de Vicky como cualquier día y me encontré a un par de sus amigas que conocí en el hospital. Noté un extraño ambiente, tanto fue así que le pregunté a Vicky qué ocurría.

—¿Recuerdas a mis amigas?

—Si, estaban en el hospital una mañana.

—Ella es Clara, mi amiga de toda la vida. Trabaja en una productora de cine y me ha dicho que tu novela *El oro de París* les interesa tanto que querían hablar contigo para ver la posibilidad de hacer un guion y llevarla al cine.

—¿Qué?, ¿es cierto? —pregunté a todos entusiasmado.

—Sí, eso dice Clara —respondió Octavio, que siempre intentaba quedar en un segundo plano.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclamé yo repetidas veces, exultante de emoción.

Sin embargo, al poco rato de estar dando saltos por la euforia, vino la sorpresa.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Vicky.

—¿Por qué? —dije extrañado por su pregunta. No sé en qué día de la semana vivo; es miércoles, jueves..., ¿no?

—Pero ¿qué fecha?

—No sé, veintitantos de diciembre —respondí sin seguir entendiendo la razón de la pregunta.

—Claro, exactamente veintiocho de diciembre.

En ese momento me di cuenta de que me acababan de gastar la inocentada más grande que jamás pude imaginar. Todos se rieron y yo pasé de la exaltación a la ira, quería “fulminar” a Vicky por ser la inductora de la broma. Eso me duró un segundo y tres cuartos, porque aquello era, una vez más, parte de su ocurrente y alegre personalidad.

—Reconozco que me la has pegado bien. Luego no te extrañe si te suelto por una cuesta abajo —dije amenazante.

—Pues lo tuyo no es nada, si vieras lo que le ha hecho a su tía Luisa, o a mí mismo —dijo Octavio como disfrutando el que más de las bromas.

—¿Qué os ha hecho esta malvada?

—Su tía le rogó que le dijera un regalo para Navidades y Reyes, y aquí la joven le informó de que necesitaba unas gafas de sol de una marca precisa, que al parecer valen 300 euros. Su tía no lo sabía y le prometió que contara con ellas, hasta

que en la óptica le dijeron el precio. Ella ya sabes que es pensionista y aquello la iba a matar. Menos mal que la llamamos antes de que le diera un soponcio.

—¡No me lo puedo creer!, ¡está visto que detrás de esta carita de ángel rosáceo existe una diablesa!

Nos reímos durante el resto de la tarde, en especial por mis gestos, tanto al recibir la noticia como en la decepción. En cualquier caso, me alegré muchísimo de que Vicky tuviera aquel sentido del humor y nos contagiara a todos nosotros.

Aquellas Navidades confirmaron mi recuperación total: mis relaciones afectivas, y todas las actividades que realicé durante los últimos años, habían dado su fruto y me sentía completamente “curado” de mi duelo y trauma. No olvidaba nunca mi pasado, y este siempre lo llevaría conmigo; pero ya no había preguntas sin resolver, ni culpas que echarme. El tiempo, los proyectos, adELA y sobre todo mi gran amiga habían sido mis aliados y voluntarios. Snoopy me había ofrecido un lugar físico en el fondo del universo, a donde dirigirme y dar la gracias por los inexplicables hilos de las “casualidades”, que me acompañaron en todo este tiempo. Incluso había resuelto la pregunta sobre mi voluntariado, y recibido muchísimo por mis pequeños esfuerzos en adELA.

El próximo proyecto sería conseguir una caseta para la Asociación en la Feria del Libro de Madrid. Aquello nos daría mucha publicidad, y seguramente sacaríamos algún dinerillo para adELA. De nuevo Ramón y yo hicimos unas cuantas gestiones, y nos concedieron una de las casetas; el desafío no iba a ser fácil. Tuvimos que realizar varias gestiones, en especial Ramón, más conocedor del mundo de las editoriales.

Todos aquellos esfuerzos se compensaban con una gran ilusión de vernos en la Feria del Libro: algo que para los escritores que comienzan es un sueño prácticamente inalcanzable. Queríamos invitar a autores noveles para darlos a conocer y que pudieran firmar sus obras; entre ellos estarían Vicky y Valentina.

La Feria comienza a finales de mayo. Después Almudena y yo habíamos decidido casarnos el 24 de julio; justo a los nueve meses de habernos conocido.

Ambos proyectos no solo eran ilusionantes, sino que cambiarían mi vida totalmente, aunque mi relación con Vicky sería algo que no se alteraría un solo ápice por mi nuevo estado. Caridad, la madre, me contaba lo ilusionada que estaba Vicky con los dos eventos: firmar en la caseta, aunque fuera simbólicamente por su inmovilidad, y asistir a nuestra boda. Al parecer, llevaba un tiempo pensando qué ropa se pondría en ambos actos, y aquello le producía una enorme ilusión. Sin embargo, la vida no le dio esa oportunidad, a un ser tan bueno y noble como era Vicky.

Recuerdo la tarde que fui a buscarla para ir de paseo. Era primavera y el tiempo, sin ser cálido, ofrecía una temperatura que invitaba a salir. Al llegar a la casa, Ángela me avisó de que había estado todo el día muy revuelta. No hizo falta que la preguntara, porque su cara reflejaba malestar. No obstante, hizo un pequeño esfuerzo y su semblante cambió al poco de estar allí. Ese día fui yo quien la animó a que saliéramos a dar una vuelta.

—No he pasado muy buen día, no sé si me sentará bien.

—Hagamos una cosa. Salimos, te aireas un poco, y según te sientas seguimos o regresamos.

Sus ojos brillaron y aceptó. Tan pronto recibimos el ligero viento en nuestras caras, comenzó a estar mejor. Paseamos un rato rodeando la manzana de su edificio, y al terminar me pidió la llevase al parque de Olavide. Al llegar al lugar, me repitió un par de veces que la colocara frente al sol, quería sentir el calor de la tarde. De tal manera que, cuando el astro se movía o lo tapaba alguno de los frondosos árboles de la plaza, me pedía que la trasladara para continuar absorbiendo sus rayos. Cerraba los ojos como el que está saboreando un manjar. En ese momento sonó el teléfono y me dijo que viera quién era, pero que no tenía ganas de hablar con nadie.

—¡Es Valentina!, ¿qué le digo?

—¡Ah, ella sí! Ponme el móvil.

Comenzaron a hablar de sus cosas; sobre todo del famoso libro de cuentos que venderíamos en la Feria, y a la que acudirían para la firma. No hice más que colgar y llamó Ramón. De nuevo habló con él, aunque menos tiempo. Finalmente me dijo que no le pasara más llamadas y que la volviera a mover para recibir los últimos rayos. Era evidente que deseaba permanecer en silencio. Yo la miraba, mientras ella cerraba de nuevo sus ojos. Posiblemente fue la primera vez en casi tres años que hicimos la pausa más larga callados. Intuía que en aquel instante lo mejor era agarrarla de la mano y respetar su silencio. De repente, el sol desapareció entre los altos edificios y la plaza comenzó a quedarse en una extraña penumbra. Entonces abrió los ojos y dijo:

—Llévame a casa, no me siento bien.

En el trayecto de vuelta continuamos sin hablar. Intenté llevarla por los sitios menos abruptos de las aceras y caminar despacio. Presentía algo que no acababa de gustarme y que nunca antes había experimentado con ella, ni siquiera cuando tantas veces la acompañé al hospital en situaciones graves. Tan pronto llegamos a su casa, la acostamos en su cama y Ángela me pidió que la dejáramos descansar. Me despedí con el usual beso en una de sus mejillas.

—Mañana te llamo. Descansa y nos vemos pronto.

—Gracias, y dale un beso a Almudena.

Cuando salí de allí, después de casi tres años, barrunté que me había despedido de ella. Aquella noche me costó dormir y a la mañana siguiente, cuando sonó el teléfono de casa y escuché la voz de su cuidadora, supe antes de oír sus palabras que nos había dejado. De nuevo sentí el desgarramiento de alguien querido que se te ha ido. Por fortuna para mí, existía Almudena y lo pude sobrellevar relativamente bien. Por un lado, incluso le agradecía a Snoopy que se hubiera ido durmiendo y sin dolor.

Desde aquel día al de hoy han pasado unos cuatro años. Aunque Vicky no era un familiar ni una amiga de la infancia, siento ese gran vacío y ese algo que se muere en tu interior cuando un verdadero amigo se va, tal y como dice la canción. Aquella misma noche busqué el reino de Snoopy y le agradecí que hubiera movido con tanta precisión esos hilos invisibles que hicieron posible mi recuperación anímica, sobre todo por haber puesto a Vicky en mi camino. También deseé que se encontrara en paz en ese lugar donde ella siempre creyó. Tuve una sensación extraña en mi interior al visualizar, como si estuvieran juntas, a Luciana, mi madre, Maureen y Vicky,

confabulando cómo mover los próximos hilos para cuidarme junto a Almudena.

Llegó la gran Feria del Libro de Madrid y, aunque fueron días de cansancio, resultó un éxito. Pudimos llevar nuestro mensaje a muchas personas que desconocían la enfermedad, y atender a otras que solicitaban información más precisa para ayudar a un familiar o amigo. Vendimos cientos de libros, lo cual dejó una ayuda para los enfermos. El de mayor éxito, curiosamente, fue el de Vicky y Valentina. Incluso una empresa, en la que trabajaba un amigo de Vicky, nos dio de forma gratuita mil libros más, como muestra de solidaridad.

Justo el día de la inauguración de la Feria, la reina madre Doña Sofía se acercó a nuestra caseta. Fue todo un honor poder explicarle que uno de los libritos que nos compró había sido escrito por dos enfermos de ELA. La reina tuvo el detalle de fotografiarse con ellos, y aquella imagen ha quedado en el recuerdo, como un pequeño homenaje para esas dos personas ejemplares: Vicky y Valentina.

El día que firmó Valentina, se formó una cola tan grande que la gente, curiosa, se arremolinaba intentando descubrir a la gran escritora. Valentina parecía estar viviendo un sueño. Yo la observaba cómo se concentraba en escribir alguna frase para cada comprador y me parecía verla junto a su compañera, sonrientes y felices. Echaba de menos a Vicky, pero estaba feliz por Valentina. Justo ese día me acordé de que había traído el ejemplar que Vicky me había dedicado; me faltaba la firma de Valentina. Abrí la primera página y recordé que, al no poder Vicky escribir de su puño y letra, le había pedido a su madre que lo hiciera.

Entonces encontré algo que, todavía hoy, cuando lo vuelvo a releer se me saltan las lágrimas: *“Para mi gran amigo y apoyo; compañero de viaje en mi vida. Con todo mi cariño”*.

Debajo había tres letras que indicaban sus iniciales. Son letras temblorosas que parecen garabatos. Seguramente le costó un buen rato trazarlas, porque nunca la vi coger un lápiz y mantenerlo firme.

Algunas veces hemos dado conferencias sobre la ELA, la asociación adELA y el voluntariado. En ellas siempre cuento parte de aquella relación de amistad tan hermosa que tuvimos. De cómo una enferma quiso mejorar su inglés, sin tener claro para qué lo necesitaba, y del voluntario que tampoco estaba seguro de por qué lo era. Sin embargo, una canción de los Beatles: “Aquí viene el Sol”, puso la primera piedra e iniciaron una simbiosis de afecto y comprensión que duró tres años. Aquello les sirvió para apoyarse mutuamente y contrarrestar sus respectivos problemas y dolencias, y así pasaron sus días: sin tristeza ni rencor hacia nada ni hacia nadie; simplemente intentado vivir el día a día con ilusión y proyectos solidarios.

En ocasiones la vida ofrece nuevas oportunidades o satisfacciones de diversas maneras, como me sucedió a mí, y pienso que hay que ser agradecido cada día que abrimos los ojos y vemos que estamos vivos, tal y como hacía Vicky, a pesar de su situación. Sé que el tiempo que compartimos juntos creamos ríos de ilusión y buenos propósitos, que nos hicieron disfrutar de la vida, de la misma forma que ella gozó de los últimos rayos de sol en la Plaza de Olavide en nuestra última tarde juntos.

Pipa la mariquita

Victoria Gómez Berroya

Pipa era una mariquita muy presumida. Le gustaba ponerse su traje rojo con lunares negros, con sus pendientes haciendo juego y unos zapatos de tacón. Todos los días se miraba en el lago cercano al lugar donde vivía, ya que sus aguas transparentes reflejaban su linda figura.

A Pipa le costaba bastante mantenerse en forma y bella, pues le apetecía mucho comer. Intentaba hacer ejercicio y saltaba durante la primavera de flor en flor. Conseguía cada vez llegar un poquito más lejos; pero sus patitas eran muy cortas y, aunque entrenaba a diario, no lograba alcanzar grandes distancias.



Un día Pipa se encontró con un saltamontes y se asombró de la capacidad que tenía este para saltar. El pequeño insecto se le ofreció para ayudar a que mejorase sus saltos. La mariquita aceptó, pero tuvo que quitarse sus altos zapatos y también renunciar a las chucherías.



Cada día Pipa practicaba con mucho esfuerzo y, gracias a su reciente amigo, llegó con sus saltos a flores más lejanas. Sin embargo, no conseguía alcanzar al saltamontes. Entonces este le dijo: *No te preocupes, somos amigos. Cada vez que quieras saltar a una flor lejana y no puedas, yo te llevaré conmigo sobre mi espalda y volaremos juntos.*

La mariquita se alegró, y gracias a su compañero de viaje conoció todas las flores de aquella primavera.

FIN

Enlace al vídeo con la canción ELA. Y también el código qr que te permite el acceso inmediato al mismo desde tu móvil, *tablet*...:

<https://bit.ly/2kvn7qs>



Este libro
se imprimió en Madrid
en septiembre de 2019.



Editorial El desván de la memoria